EL TEATRO

Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

BELTRAN

Y LA

POMPADOUR,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

LETRA DE

DON MANUEL CAÑETE, 1822-1891

MÚSICA DE

DON JOSÉ CASARES.

MADRID:
OFICINAS, PEZ, 40, 2.°
1872.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
Á tal amo tal criado.....	1	Todo.
Al que se hace de miel.....	1	Id.
D. Ramon de la Cruz.....	1	Id.
El amor y la astucia.....	1	Id.
El barómetro.....	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo...	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones.....	1	Id.
La petica.....	1	Id.
La verdadera nobleza.....	1	Id.
La astucia de un andaluz...	1	Id.
Nubes.....	1	Id.
Pobres y ricos.....	1	Id.
Receta para casarse.....	1	Id.
Un hombre comprometido...	1	Id.
Un momento de locura.....	1	Id.
Una perra y un gato.....	1	Id.
Amor, honor y poder.....	3	Id.
El testamento de Acuña....	3	Id.
La astucia de un asistente..	3	Id.
La mosca blanca.....	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía.....	3	Id.
Los dulces de la boda.....	3	Id.
Los niños grandes.....	3	Id.
Odio y amor.....	3	Id.
C de L. (Zarzuela.).....	1	L. y M.
Cuatro demonios y un cabo..	1	Id.
Chamusquina ó la Hija del petróleo.....	1	Libro.
¡¡¡Palomo!!!.....	1	L. y M.
Tamberlik, Mario y Latorre..	1	Id. Id.
Un sevillano en la Habana..	1	Id. Id.
=Tocar el violon.....	1	Libro.
El marino.....	2	L. y M.
=¡El Teatro en 1876!!.....	2	Libro.
Los dragones.....	2	L. y M.
Justos por pecadores.....	3	L. y M.
Un lio entre dos castaños...		Todo.
La feria de las mujeres,.....	3	Id.
La escala de la ambicion....	3	Id.
El Caballero de Gracia.....	3	Id.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
=Perla. (Zarzuela.).....	1	Libro.
La peluca de mi mujer.....	1	Todo.
La fuerza de la conciencia...	3	Id.
Un empréstito forzoso.....	1	Id.
Agustina la cantinera.....	1	Id.
La Vírgen del Amparo.....	2	Id.
Tres al saco.....	1	Id.
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	L. y M.
Amor y caridad.....	1	Todo.
Amor paternal.....	3	Id.
La tarde de Noche-buena....	3	Id.
La caja de Pandora.....	3	Id.
Los zapatos de baile.....	1	Id.
Intriga y amor.....	4	Id.
El miedo guarda la viña....	3	Id.
El justo medio.....		Id.
La Rubia.....	1	Id.
Obrar bien, que Dios es Dios.	2	Id.
Batalla de Ninfas.....	4	Id.
El prisionero cristiano,.....	1	Id.
Un bello ideal.....	1	Id.
Llegó la hora!!.....	1	Id.
El nacimiento del Mesías....	4	Id.
El primer dia feliz.....	3	Música
Alma por alma.....	1	Todo.
Patria.....	1	Id.
Nicolás Rienzi.....	3	Id.
El novio de su mujer.....	3	Id.
La mujer compuesta.....	3	Id.
El Redentor del mundo.....	3	Música
La venida del Mesías.....	1	Libro.
Un Milord de Ciempozuelos..	1	Id.
La leyenda del diablo.....	4	Id.
La suegra.....	1	Id.
Violetas y girasoles.....	3	Id.
El último capttuio.....	1	Id.
La institucion del Rosario, .	1	Id.
Armas-, letras y faldas.....	1	Id.
El smor y la loteria.....	1	Id.
Unos suben y otrns bajan...	1	Id.

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante un corto tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisionados se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

BELTRAN Y LA POMPADOUR.

643:19

BELTRAN Y LA POMPADOUR,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

LETRA DE

DON MANUEL CAÑETE,

MÚSICA DE

DON JOSÉ CASARES.

Esta obra, estrenada con aplauso en el Teatro de la Zarzuela el 9 de Marzo de 1872, está tomada de un drama francés en siete actos.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 1.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA DE POMPADOUR	D.ª DOLORES CORTÉS.
BLANCA DE ROSEL	ARSENIA VELASCO.
GUILLERMINA	DOLORES FRANCO.
HONORIO	JOSEFINA ÁLVAREZ.
BELTRAN	D. ROSENDO DALMAU.
ÁNGEL	ENRIQUE WANDEN.
EL BARON DE CORVO	LUIS CRESPO.
EL CONDE DE MAUREPAS	FRANCISCO CALVET.
MARTIN	J. MIRÓ.
EL MARISCAL MAURICIO DE SAJONIA	RAMON HIDALGO.
EL DOCTOR QUESNAY	ANTONIO FERNANDEZ.
UN LACAYO	»
UN ORDENANZA	»

Coro de Damas, caballeros, oficiales y soldados.

La accion del primer acto acaece en París, la del segundo en Versalles, la del tercero en Flandes: año de 1747.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. GULLON é HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala de espera en casa de la Bontemps, correspondiente á las antiguas construcciones urbanas de la Edad media. Al fondo una gran puerta, y dos laterales en primer término. En el segundo, á la derecha del actor, una ventana cerrada con vidriera de pequeños vidrios cuadrados. Enfrente otra puerta, á la que se sube por una escalera de madera con balaustrada. Un escritorio antiguo á cada lado de la puerta del fondo, y encima sendos cuadros de fantasías semejantes á las del Bosco. Mesa y sillas en el primer término de la derecha. Al pie de la balaustrada otra mesa con tapete oscuro y algunos libros.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE DAMAS Y CABALLEROS.

Al levantarse el telon aparecen unos al pie de la escalera y otros en ella todavía, como despidiéndose de la Bontemps, á quien se supone dentro de aquella habitacion. Miéntras preludia la orquesta divídense en varios grupos que conversan entre sí.

MÚSICA.

UNOS. Gran mujer!
OTROS. Qué maravilla!
UNOS. Cuánta ciencia!

OTROS. Voto á briós!
UNOS. ¿Qué os ha dicho?
OTROS. Tantas cosas!...
UNOS. Qué ventura!
OTROS. Qué dolor!
UNOS. Dichoso el que consigue
de lo futuro el velo descorrer!
OTROS. ¡Mal haya quien procura
sus ignorados males conocer!
UNOS. En las cartas leer sabe
con tan mágica vision,
que ni en Cúmas la Sibila
nunca tanto adivinó.
OTROS. Los desastres que me augura
me han llenado de estupor.
¡Cuánto siento las monedas
que su astucia me sacó!
UNOS. ¿Será Dios, será el demonio
quien inspira á esa mujer?
¿Qué me importa, si me anuncia
dichas, bienes y placer!
OTROS. ¿Será Dios, será el demonio
quien inspira á esa mujer?
Es el diablo, pues me anuncia
luto, llanto y padecer. (Vánse.)

ESCENA II.

EL CONDE DE MAUREPAS [1] y el BARON DE CORVO.

Tan pronto como las damas y caballeros desaparecen por la puerta del fondo, se presentan en la de la izquierda Maurepas y Corvo.

HABLADO.

MAUR. ¿Qué os parece? Esta buena Bontemps ha logrado ha-

---

1 Se pronuncia *Morpá*.

cerse célebre en París con sus brujerías. Hasta las personas más encopetadas se desviven por obtener de ella una audiencia para que, echando las cartas, adivine lo que habrá de sucederles. Gracias al oro he ganado á la Bontemps, y habreis de convenir...

CORVO. Convengo en que es gran adquisicion.

MAUR. Esas pobres gentes se van de aquí satisfechas ó apesadumbradas, segun ha sido adversa ó favorable la respuesta de las cartas, sin advertir que para averiguar lo que desean saber empiezan por descubrir sus más profundos secretos.

CORVO. La necedad humana es incorregible.

MAUR. Oculto donde habeis visto me entero de muchas cosas importantes. ¿Nos avisarán á tiempo la llegada de la Marquesa de Pompadour?

CORVO. Martin, á quien he dado las señas, la conducirá al cuarto de la Bontemps.

MAUR. No habreis olvidado que viene disfrazada de mujer del pueblo.

CORVO. De ningun modo. Y ¿ha nacido de ella la idea de consultar á la Sibila?

MAUR. Malicioso! La pobre Pompadour se cree libre, poderosa... Y sin embargo, ¡cuántas veces no hace ó dice lo que su enemigo Maurepas la obliga indirectamente á decir ó hacer! Ahora mismo ni sospecha siquiera que su venida de incógnito va á proporcionarme ocasion de perjudicarla cerca del Rey.

ESCENA III.

DICHOS, MARTIN, la MARQUESA DE POMPADOUR y el DOCTOR QUESNAY. Estos dos últimos vestidos como la gente del pueblo.

MARTIN. (Dentro, á la derecha.) Por aquí, señores, por aquí.

CORVO. Ya vienen.

MAUR. Ocultémonos. (Éntranse en la habitacion de donde salieron, y aparecen por la puerta de la derecha Martin, la Marquesa y Quesnay.)

QUESNAY. Ayer envié mi aprendiz á tomar hora de la señ. Bontemps, y al darla indicó esta entrada.

MARTIN. Pasad á la sala de los oráculos. (Acompáñalos hasta el pie de la escalera, por la que suben y desaparecen la Marquesa y Quesnay; luégo se retira por la puerta del fondo. En seguida vuelven á salir Maurepas y Corvo.)

MAUR. Perfectamente! Se ha hecho acompañar del Doctor Quesnay; pero un filósofo no es gran defensa. Esto marcha. El Mariscal de Sajonia impulsa la campaña de Flandes con diabólica actividad, y va á ser necesario que el Rey se reuna al ejército mucho ántes que se pensaba; tal vez dentro de dos ó tres dias.

CORVO. Y en ese breve plazo ¿habrá tiempo...

MAUR. Desde la llegada de vuestra hermosa prima Blanca de Rosel, Su Majestad no ha dejado de asistir una sola noche á la tertulia de la Reina. Ayer mismo me habló de ella con gran entusiasmo. Ántes de quince dias la Marquesa de Pompadour no será nada, y tendreis un gran caudal.

CORVO. Un gran caudal!... El señor Conde sabe que estoy arruinado, y que si todavía conservo algun crédito...

MAUR. ¿Y ese pariente que habeis tenido la dicha de encontrar?

CORVO. La herencia ha de volver á él toda entera.

MAUR. Pero un muchacho que de repente, gracias á vuestro descubrimiento, se encuentra con que es noble y millonario, no podrá ménos de mostrarse reconocido. ¿Qué clase de hombre es?

CORVO. ¿Qué hombre es?... (Con cierto embarazo.) Una especie de aldeanote ignorante. El señor Conde lo verá, pues me permite que se lo presente.

MAUR. Cuando gusteis. ¿Nos vamos?

CORVO. Quisiera decir ántes á Martin algunas palabras.

MAUR. Entónces hasta la noche en Versalles. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

CORVO, luégo MARTIN.

CORVO. Pobre Conde de Maurepas! Ignora que yo tambien he ganado á la Sibila, que hoy dispongo de esta casa como de la mia propia, y que procuro dominar á la Marquesa de Pompadour por el Conde de Maurepas; al Conde de Maurepas por Su Majestad el Rey; á Su Majestad el Rey por la hermosa Blanca de Rosel! (Entra Martin.) Hola, Martin, al fin llegásteis ayer á París y os instalásteis aquí con esos dos perillanes?

MARTIN. Sí, señor Baron, en la buhardilla de la señora Bontemps.

CORVO. Quiero verlos.

MARTIN. Como no esperaba á Su Señoría no les he impedido que saliesen.

CORVO. Por vida!... Necesito tener á mi disposicion desde esta noche al que he de escoger, y no hay tiempo para detenerme á elegir. ¿Decís que uno de ellos...

MARTIN. Me parece preferible al otro. Es un buen muchacho, jovial y corriente á maravilla, y si el señor Baron me permitiese opinar...

CORVO. No os lo permito. Limitaos á responder. ¿Carecen ambos de familia?

MARTIN. Sí, señor.

CORVO. ¿Cuál de los dos ha servido en el ejército?

MARTIN. Beltran.

CORVO. ¿Cómo se llama el que fué educado en el colegio de Caen?

MARTIN. Ángel.

CORVO. ¿Y el otro es muy ignorante?

MARTIN. Á lo sumo sabrá leer. (Ap.) ¿No quieres que tenga opinion propia? Yo te formaré la tuya.

CORVO. Pues entónces no hay que vacilar. Pronto vendrá Guillermina; haced que vuestro soldado no salga hasta despues de haberla visto.

MARTIN. Pero si Beltran la conoce ya!

CORVO. La conoce? No importa. Así tragará el anzuelo más fá-

cilmente. Presenciad la entrevista, para que esa muchacha sólo diga lo que convenga. En seguida tomad el coche de Versalles y venid á participarme lo ocurrido. Desde ahora permanecereis junto á ese hombre sirviéndole de mayordomo.

MARTIN. Eh?

CORVO. Y espiando cuanto haga, para noticiármelo sin demora.

MARTIN. Oh!

CORVO. ¿Os disgusta la comision? Se os pagará convenientemente. Ya sabeis que puedo haceros ahorcar, presentando á los tribunales este papel (Enseñándole un pliego que saca del bolsillo.) donde se prueba que me habeis estafado en la administracion de mis bienes, y que traficais en la recluta de hombres para el ejército, engañándolos y comprándolos como á esclavos.

MARTIN. Pero señor Baron...

CORVO. Acordaos de lo que me prometísteis en la aldea de Rosel cuando quise denunciar á los jueces vuestros manejos.

MARTIN. Considerad...

CORVO. Me suplicásteis que no lo hiciera, ofreciendo obedecerme ciegamente y poner á mi disposicion el hombre que necesito. Entónces os concedí cinco dias de término para presentarme en Versalles ese hombre, que acababa de enagenaros su libertad y llena la condicion de no tener familia ni lazo que lo ligue á nadie.

MARTIN. Ese hombre es Beltran, y está en París á las órdenes de Su Señoría. ¿No es ya tiempo de que se me absuelva?

CORVO. No, todavía podeis serme útil: os reservo empleo ménos vulgar. En las combinaciones más hábiles suele haber un punto débil... ¿Quién sabe si necesitaré aún el apoyo de vuestro testimonio?

MARTIN. ¿Sigue el señor Baron ayudando al Conde de Maurepas en su lucha con la Marquesa de Pompadour? ¿Necesita el auxilio de mi insignificante persona para realizar sus planes?

CORVO. Ya lo vereis. Entre tanto vuestra consigna se reduce á

callar y observar. Hasta la noche.—Ah, si fuera de aquí ocurre algun ligero desórden, no os mezcleis en él... ¿Entendeis?

MARTIN. Entiendo, aunque sin comprender bastante.

CORVO. (Dándole una bolsa.) Tomad, y ya me ireis comprendiendo. (Váse.)

ESCENA V.

MARTIN, luégo BELTRAN y ÁNGEL.

MARTIN. Deseo insolentarme con este maldito Baron, y me trata con tal menosprecio que acabo por respetarlo.—¿Por qué se habrá traido de la aldea á su pupila la señorita Blanca de Rosel? ¿Para qué la habrá enviado á Versalles con una dama de la Reina? Yo trataré de averiguarlo.—Oigo hablar á esos perillanes. ¿Cómo habrá dormido mi futuro amo... al aire libre? (Se retira á un lado. Beltran, con una cesta de manzanas en el brazo, entra hablando con Ángel por la puerta del fondo.)

BELT. Tranquilízate; sabemos ya dónde está el nido, y no tardaremos en encontrar el pájaro. Ante todo es necesario almorzar. (Ángel, sin responderle, va á sentarse pensativo junto á la mesa de la derecha. Beltran deja en ella la cesta, y añade reparando en Martin:) Hola! Buenos dias, querido huésped!

MARTIN. (Algo cortado.) Buenos dias.

BELT. ¿No preguntais qué tal hemos pasado la noche bajo vuestro techo?

MARTIN. (Ap.) Ya pareció el peine. (Alto.) Sí, seguramente. ¿Cómo habeis pasado la noche? Quizá no os haya gustado la habitacion...

BELT. Al contrario. La especie de cajon en que nos habeis metido está perfectamente aireado. Figuraos que el cielo de mi cama ha sido el cielo verdadero! Así, cada vez que me despertaba me ponia en conversacion con las estrellas, que se divertian en hacerme guiños.

MARTIN. ¡Qué hermoso carácter!—Sabed que os tengo preparada cierta cosa muy buena.

BELT. ¿Es posible?

MARTIN. Con una condicion: que no habeis de menearos de aquí en todo el dia.

BELT. Durilla es! Ángel y yo hemos vuelto para almorzar y arreglar varios asuntillos. En cuanto lo hayamos hecho, estoy seguro de que las piernas me han de bailar de suerte que no he de poder contenerlas.

MARTIN. Almorzad y arreglad lo que gusteis; mas prometedme no salir de casa sin advertírmelo ántes.

BELT. Corriente.

MARTIN. Vuelvo en seguida. (Váse por el fondo.)

ESCENA VI.

BELTRAN y ÁNGEL.

CANTO.

BELT. Ángel, ¿por qué suspiras
y así te dejas abatir?
Alégrate! ¿No miras
que vivir angustiado no es vivir?

ANGEL. Tristísimo recuerdo
viene á turbar mi corazon!
Hoy, al perderla, pierdo
la dicha, la esperanza, la ilusion!

BELT. Serénate.

ANGEL. No intentes
mi acerba pena refrenar.
¿Cómo vivir ausentes
de quien nos hace la existencia amar!

—

Casta Vírgen, que retratas
á los ángeles del cielo;
sol hermoso de mi vida,
tú infundistes en mi pecho

del amor la ardiente llama
con tus mágicos acentos.
No me olvides jamás, pues no te olvido,
y sólo verte y adorarte anhelo.
Por tí codiciaba honores,
de alzarme hasta tí sediento;
mas ¡ay! la enemiga suerte,
contrariando mis deseos,
hoy me priva del encanto
de admirar tus ojos bellos.
No me olvides jamás, pues no te olvido,
y sólo verte y adorarte anhelo.

HABLADO.

BELT. Si te dejas llevar de la pena, serás capaz de volverme triste, á mí que siempre he sido la misma alegría.

ANGEL. Querido Beltran!

BELT. Desde la infancia hemos vivido como hermanos, queriéndonos como si lo fueramos en realidad. Hijos de nadie, condenados á la triste suerte del expósito, fuimos recogidos, yo primero, despues tú, por los padres de nuestra excelente Guillermina. Muertos ellos cuando ya estábamos en edad de trabajar, tocábanos demostrar que no habian caido en tierra estéril sus beneficios, velando por la que la Providencia ha hecho nuestra hermana, y procurando ayudar á su pobre abuelo el tio Francisco.

ANGEL. Lo que tú hiciste por ellos enganchándote como soldado, para impedir con la cantidad que te dieron la venta de su casita y de las pocas tierras que nos alimentaban á todos, prueba los nobles arranques de tu corazon, y casi me avergonzaba.

BELT. ¿Por qué? ¿No has hecho tú lo que yo hubiera sido incapaz de hacer? Consagrado al estudio, protegido por el señor Rector del colegio de Caen, ¿no les has ayudado con el producto de las lecciones que dabas? Y cuand

nuevas desgracias han vuelto á poner en riesgo su escasa hacienda, ¿no te has enganchado en el ejército sin decirles nada, como acabo yo de reengancharme, para sacarlos del conflicto? Y eso que en mí nada tiene de particular, porque no sirvo para otra cosa. Pero tú has sido un héroe; tú te sacrificas por tus bienhechores adoptando un género de vida que no conviene á tus gustos, y que te separa de tu hermosa discípula Blanca Rosel, de quien estás enamorado.

ANGEL. Ay Beltran, si supieras cuánto padezco!

BELT. Déjate de tonterías, y dime lo que hayas averiguado. Sabemos que Blanca está en el palacio de Versalles con su pariente el Baron de Corvo, lo cual ya es algo.

ANGEL. Sí, pero algo que me espanta.

BELT. ¿Qué te ha dicho el secretario del Príncipe de Soubise, antiguo camarada tuyo en el colegio de Caen, con quien has permanecido cerca de dos horas? Él debe estar muy enterado de lo que pasa en la córte. ¿Ocurre algo allí que nos pueda interesar?

ANGEL. ¿No has oido que el Conde de Maurepas y sus parciales quieren á toda costa derribar y sustituir á la Marquesa de Pompadour, favorita reinante?

BELT. No, pero me da lo mismo. ¿Qué me importa á mí que el Rey cambie de favorita?

ANGEL. Lo que me han dicho me llena de inquietud. ¿Sabes quién es el brazo derecho del Conde de Maurepas en esta intriga?

BELT. ¿El Baron de Corvo?

ANGEL. Desde que lo he sabido, no ceso de hacerme esta terrible pregunta: ¿por qué ha traido á la córte casi por fuerza á su desventurada pupila? Blanca está sola en el mundo. El único pariente que le quedaba era su tio el Duque D'Armentières, y hace un mes recibió la noticia de que ha muerto en las Indias.

BELT. Pronto lo averiguaremos. Mañana iremos á Versalles. Tenemos por delante tres dias, y en tres dias se hacen muchas cosas. Entre tanto ¿te parece que almorcemos?

ANGEL Ay, pobre Beltran! ¿Qué haremos sin dinero, pues todo se lo hemos dejado al tio Francisco? ¿Qué valemos, qué somos hoy nosotros, simples soldados!

BELT. ¿Qué somos? Habla por mí si quieres; por mí, á quien mis padres dejaron abandonado en un camino, lo cual prueba que no debo ser gran cosa. Tú aventajas á la generalidad de los mortales en no saberse á punto fijo la condicion de tus padres; y si yo pudiera esperar como tú!...

ANGEL. Esperar yo! (Saca del bolsillo del pecho un rosario, y se lo muestra á Beltran.) Mira mi única esperanza: este rosario esmaltado que llevaba al cuello cuando me encontraron llorando junto al cadáver de mi nodriza. En él están grabadas las palabras de la salutacion angélica: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ*, por lo cual, sin duda, me pusieron el nombre de Ángel. El ayuntamiento del pueblo firmó una relacion donde consta el suceso, que es hoy mi fe de bautismo. Pues bien, esta mañana he estado á punto de vender á un prendero ese rosario...

BELT. Cómo?

ANGEL. En ciento veinte libras.

BELT. ¿Estás loco? ¿Vender un medio de reconocimiento que el dia ménos pensado .. Imposible!—Espero que no volverás á intentar semejante desatino. — Cualquiera diria que no piensas más que en tí!

ANGEL. No, Beltran; sé cuánto me quieres.

BELT. Oh, sí; tú eres mi mejor amigo. (Riéndose.) Porque aúnque mi yegua Celmira me comprende bien, nunca me responde. Ángel, tú eres mi único amigo!

ANGEL. Y Guillermina? ¿Olvidas los esfuerzos que ha hecho para ser admitida en la servidumbre de la señorita Blanca, sólo por estar más cerca de nosotros? ¡Te ha querido siempre tanto!

BELT. Tienes razon. ¡Pobrecilla!—Toma, recobra tu tesoro. (Devolviéndole el rosario.)

ANGEL. Guárdalo tú; yo podria ceder á la tentacion de venderlo. ¡Cuando pienso que ni siquiera tenemos lo necesario

para ir á Versalles!...

BELT. (Guardando el rosario en el bolsillo del pecho.) Guardo tu tesoro en mi caja, y no te lo devolveré sino con su cuenta y razon. ¡Qué diablos! ¿Quién tiene necesidad de dinero? ¿Acaso se compran con él el amor, la honra, el talento, el buen corazon, la salud, la alegría... y el apetito? Mira, comamos lo que nos resta de nuestra Normandía, porque estoy desmayado.

ANGEL. Voy á poner dos letras al tio Francisco, segun le prometí al despedirnos. Luégo bajaré á buscarte.

BELT. ¿No te llevas las manzanas que te corresponden?

ANGEL. No las necesito. (Alejándose por el fondo.)

BELT. Estos enamorados!...

ESCENA VII.

BELTRAN, en seguida la MARQUESA y QUESNAY, luégo MARTIN.

BELT. (Oyendo abrir la puerta de la escalera.) Ah! Ya viene el señor Martin. Entrad, buena alhaja! Hola! Me engañé.

(La Marquesa y Quesnay bajan por la escalera de la izquierda, y dicen cantando lo que sigue, mientras atraviesan la escena y se van por la puerta de la derecha.)

MÚSICA.

QUESNAY. ¿Venís contenta?
MARQ. (Pensativa.) No sé.
QUESNAY. ¿El horóscopo es feliz?
MARQ. Todos son como las nubes,
dispuestas siempre á decir
lo que quiere ó se figura
quien las mira.
QUESNAY. Pues así
no es difícil ser profeta. (Vánse.)

BELT. Qué linda! Es un querubin!
Tentaciones he tenido
de decirla: muerde aquí.
(Señalando á la manzana que tiene en la mano.)
Ni la flor más olorosa
que esmalta el prado en abril
exhala mejor perfume
que el que ha dejado al salir.

—

(Suenan voces dentro á la derecha. Lo que sigue es ya hablado, aunque continúa en la orquesta el desarrollo de la pieza musical.)

Mas ¿qué es esto? Me parece
que hay en la calle un motin.
(Asómase á la ventana.)
Sí, no hay duda; es la muchacha
que hace un breve instante ví
aquí mismo... La rodean...
La amenazan... Gente vil!
(Separándose de la ventana.)
Corramos! Espada mia,
vuelve otra vez á lucir.
(La saca y se va precipitadamente por la puerta de la derecha. Dentro aumenta el ruido.)

MARTIN. (Asomando la cabeza por la puerta del foro.)
Ya está armada!

VOCES. (Dentro.) Fuera! Fuera!

MARTIN. Suenan voces por allí. (Se dirige á la ventana.)
Sin mezclarme en el asunto
voy á observar... (Asomándose á la ventana.)
San Martin!

VOCES. (Dentro.) Es ella! Ella!

MARTIN. ¡Cuántos gritan!
¿Qué es lo que miro? ¡Infeliz!
Beltran con espada en mano
se arroja fiero en la lid... (Bajando al proscenio.)
Misericordia!—¿Será,

aunque en traje aldeanil,
esa jóven la Marquesa?...
Oh! Si lo fuera!...
(Vuelve á asomarse á la ventana muy asustado.)
Sí, sí;
á entrar de nuevo la empuja
Beltran. ¡Ay triste de mí!
(Cantado.)
Si á saberlo llega,
¿qué dirá el Baron?
Y el mozo es de puños:
¡qué fiero valor!
Malditos enredos!
Maldita funcion!
Á mí no me cogen,
no, no, no, no, no!
(Váse corriendo por la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

La MARQUESA y QUESNAY, luégo BELTRAN.

HABLADO.

QUESNAY. (Entra sobresaltado por la puerta de la derecha, siguiendo á la Marquesa que viene muy agitada.) En buen paso nos ha metido vuestro capricho!

MARQ. Reconozco en esto la mano de Maurepas. Él me ha preparado esta emboscada para perjudicarme en el ánimo del Rey.

QUESNAY. ¿No me asegurásteis que ayer estabais sola con Su Majestad cuando habló de la Bontemps y decidísteis venir á consultarla?

MARQ. Ay, Doctor! ¿Sabemos si nos escucharia algun criado? Tres veces he cambiado ya mi servidumbre!—Pero ¿qué se ha hecho el soldado que tan valerosamente me ha defendido? (Rumor dentro.)

QUESNAY. (Asomándose á la ventana.) Todavía les está hablando! (Se

oyen carcajadas.) Calle, les hace reir.

MARQ. Salid por esa otra puerta, y volved inmediatamente á buscarme con un carruaje sin armas ni librea.—Que os acompañe Honorio.—Mientras venís sólo por mí, dejad el coche en la Plaza del Mercado.

QUESNAY. Aquí está nuestro héroe.

BELT. (Entra por la derecha envainando su espada.) Uf! Qué gentes tan testarudas!

MARQ. (Á Beltran.) ¡Cuánto tengo que agradeceros!

BELT. ¿Á mí? ¿Por qué? Se empeñaban en que erais la Marquesa de Pompadour, y por más que les aseguraba que no, que habeis venido en su coche para hacerle un encargo, segun me dijo este señor (Señalando á Quesnay.), no querian creerlo. ¡Cómo gritaban los malditos!

MARQ. Y vos solo contra todos.

BELT. Solo no: dichosamente llevaba mi espada.

MARQ. Vuestro valor me ha salvado.

BELT. No he hecho más que limpiar el camino. Ya podeis salir sin riesgo.

MARQ. Como mujer tengo el derecho de no ser valiente. Si lo permitís, permaneceré aquí algunos minutos.

BELT. ¿Si lo permito?...

MARQ. (Á Quesnay.) Querido tio, no os detengais.

QUESNAY. Pero...

MARQ. Nada temo, estando con el señor... y con su espada. (Váse Quesnay.)

ESCENA IX.

La MARQUESA y BELTRAN.

BELT. Me gusta la frase.

MARQ. ¿Hago mal en confiar en vos?

BELT. Os juro que no. Yo no soy tímido, pero tampoco temerario.

MARQ. Dos cualidades de soldado. ¿Servís en caballería?

BELT. Seguramente.

MARQ. ¿Seré indiscreta preguntando cómo os llamais?

BELT. Beltran.

MARQ. Beltran? Pues yo...

BELT. No, no me digais todavía quién sois.

MARQ. ¿Por qué?

BELT. (Despues de vacilar un momento.) Por nada.—¿No os sentais?

MARQ. (Sentándose junto á la mesa.) Hermosas manzanas! —A y Dios mio! ¿Ibais á almorzar?

BELT. Calle, es verdad. Sí, iba á almorzar.

MARQ. Que yo no lo estorbe.

BELT. (Algo cortado.) ¿En vuestra presencia? Oh, no, no! Á ménos que no querais participar de mi almuerzo.

MARQ. He almorzado ya.

BELT. Entónces os ofrezco el postre. (Presentándole con galantería la cesta de manzanas.) Vamos, sin cortedad! Lo ofrezco de corazon. ¿No quereis? Lo siento, porque no me atrevo á comer solo, y confieso que me estoy muriendo de hambre.

MARQ. Seria cruel dejar morir de hambre á mi salvador.

BELT. ¿Aceptais? Magnífico! Lo único bueno que hay en el mundo es lo que podemos compartir con otro. Voy á serviros, á cuidaros, á... Ya vereis, ya vereis!...

MARQ. Qué loco! (Mirándole y señalándole á la frente. (¿Os han dado un golpe en la frente?

BELT. No es nada.

MARQ. Afortunadamente el almuerzo no se os ha de subir á la cabeza.

BELT. Quién sabe? Las manzanas son manjar peligroso... desde mucho ántes del diluvio. (Escogiendo una manzana y ofreciéndosela á la Marquesa.) La más hermosa para la más linda.

MARQ. (Tomándola.) Gracias.

BELT. Si quereis pan, cortadlo. ¿No teneis cuchillo? (Saca uno, lo abre y se lo presenta.) Tomad este.

MARQ. Gracias. (Se pone á mondar la manzana.)

BELT. Calla, monda su manzana lo mismo que una señorita!

¿Seriais en efecto la Marquesa de Pompadour?

MARQ. ¿La Marquesa de Pompadour? Qué idea!

BELT. Es que yo tambien tengo confianza en vuestra sinceridad.

MÚSICA.

MARQ. Haceis bien. ¿Yo la Marquesa?
(Ap.) (¡Qué decir!) (Alto.) Yo soy...

BELT. Callad.

MARQ. ¿La conoceis?

BELT. No, á Dios gracias.

MARQ. ¿La menospreciais?

BELT. No tal;
sólo compasion me inspira.

MARQ. Modo es de menospreciar!
Mas os juro que no es mala.

BELT. ¿Ni ambiciosa?

MARQ. Por su mal
un tiempo lo fué: Dios sabe
¡cuánto le ha costado ya!

—

Ay!... Su ambicion ha sido
ver un Rey á sus piés lleno de amor.
Ya que lo ha conseguido,
llora el perdido honor.
Porque su amante fuera
capaz de hacer la patria revivir,
hoy la existencia diera,
hoy supiera morir.

—

BELT. Me admiran vuestras palabras.

MARQ. Corazones como el vuestro,
francos, nobles y valientes,
no se hallan hoy entre el cieno
de la córte de Versalles.
Viera el Rey tan raro ejemplo

y no lo creyera. Hablad;
si quereis, llevaros puedo
á la Marquesa, y...

BELT. No soy
ambicioso, ni deseo
conocer á esa señora.
¿Valdrá lo que vos? Apuesto
á que sois mucho más linda.

MARQ. ¿Más linda? Cá!... ni por pienso!

BELT. Apostad.

MARQ. ¿Qué apostareis?

BELT. Qué? Todo cuanto poseo!
No es cosa mayor, la vida.

MARQ. Que os voy á ganar!

BELT. Me alegro.
¿Apostais?

MARQ. Queda apostado.

BELT. Esa mano.

MARQ. Ahí os la entrego. (Presentándosela.)

BELT. (Tomándola cariñosamente.)
¡Cuán süave y delicada!...
Permitid... (Se la besa.)

MARQ. (Retirándola bruscamente.)
Eh! ¿Qué habeis hecho?

BELT. (Entre sorprendido y cortado.)
Es costumbre de los nobles.—
Ya os he dicho que no peco
de audaz, mas que no soy corto.

MARQ. Y así es; ya lo estoy viendo.

BELT. ¿Os ofendí?

MARQ. (Dulcificando la entonacion.) Tanto no.

BELT. Perdonad... (Para si.) ¿Qué es lo que siento!

—

Desde que os ví, cobarde
siento en el pecho el corazon temblar.
Duda, vacila y arde
sin poderse apagar.

En vos un ángel miro
de celestial encanto y perfeccion;
quiero hablar, y suspiro,
y pierdo la razon.

—

MARQ. (Riendo.) Qué fuego! Eso es declara rse
casi casi á quemaropa.
BELT. No os riais. (Suplicante.) Decidme ya
vuestro nombre.
MARQ. ¿Por qué ahora?
BELT. Decídmelo pronto, pronto.
No me lo negueis.
MARQ. Antonia
Guillaumin, para serviros.
BELT. Me conviene.
MARQ. Vendedora
de lacres. Surto á la córte.
BELT. Vuestro estado?
MARQ. Ya eso es cosa...
BELT. Decidme por Dios: ¿casada?
¿viuda? ¿soltera?...
MARQ. Hola, hola!...
Mucho preguntar es ese.
BELT. No os burleis. Decid si mora
en vuestro pecho algun hombre.
MARQ. Já! já! já!
BELT. Ved que me ahogan
la duda, el temor, el ánsia!...
MARQ. (Ap.) Pobre jóven! Su zozobra
no es fingida.
BELT. (Esforzando la súplica.) Hablad.
MARQ. (Con dignidad y cierta amargura.) No puedo
disponer de mi persona.

—

BELT. Perdí la esperanza
que un punto brilló.
¡Qué suerte la mia!

¡Por vida de briós!
Mirar de los cielos
el puro arrebol,
y al ir á tocarlo
morir de dolor!

MARQ. Aflige su pecho
mi esquivo rigor.
¡Qué noble soldado!
¡Qué ardiente pasion!
La grata esperanza
que un punto abrigó,
cual sol entre nubes
se oculta veloz.

HABLADO.

BELT. Reniego del que ha logrado apoderarse de ese corazoncito que tan mal me trata!

MARQ. ¿Por qué? Dios sabe cuántos amores habreis tenido ya por ahí.

BELT. Lo que es amores he tenido muchos; pero ni siquiera un solo amor. Ahora que mi corazon empezaba á tocar diana, le haceis volver á su dormitorio al toque de fagina. Y eso que me convenís. Y áun creo que no dejo de conveniros.

MARQ. Pudiera ser.

BELT. Con que ¿no hay remedio?

MARQ. Lo siento mucho; pero no es posible revocar lo dicho.

BELT. Pues señor, paciencia! Nos conformaremos.—Á pesar de mi natural alegre, siento aquí un disgusto, un escozor... (Señalando al corazon.)

MARQ. Pobrecillo!

BELT. No, no os aflijais por mí. Yo sufriré... alegremente.

MARQ. Teneis un corazon de oro.—Ya que no puedo corresponder á vuestro amor, ¿os contentareis con mi amistad?

BELT. Oh! sí, la acepto con toda mi alma.—Bribonzuela! Haceis lo que ántes yo: sólo me ofreceis el postre.

ESCENA X.

DICHOS y QUESNAY por la derecha; despues MARTIN y GUILLERMINA por el fondo.

QUESNAY. (Á la Marquesa.) Cuando querais.
MARQ. Vamos.
BELT. ¿Os marchais ya? ¿No volveré á veros?
MARQ. Sí, volvereis á verme.
BELT. ¿Dónde?
MARQ. Ya lo sabreis.
BELT. ¿Cuándo?
MARQ. Pronto. Hasta la vista. (Se va con Quesnay por la puerta de la derecha.)
BELT. No hay remedio, señor Beltran; las manzanas se os han subido á la cabeza! (Se deja caer en el sillon próximo á la mesa.)
MARTIN. (Aparece por el fondo con Guillermina, que trae oculto el rostro con un velo, y le dice, señalando á Beltran, desde la misma puerta.) Aquí está el que buscais, reina mia.
GUILL. Pues anunciadme.
MARTIN. Lo haré; pero ántes habeis de pagarme con un abrazo.
GUILL. ¿Abrazar yo á quien no conozco ni me conoce?
MARTIN. Guillermina, ¿presumís que no os ha adivinado mi corazon? El señor Baron ha debido deciros que podeis confiármelo todo; así, pues, estoy dispuesto á recibir... (Tratando de abrazarla.)
GUILL. (Dándole un bofeton.) Tomad.
BELT. (Al oir el ruido.) Adelante!
MARTIN. (Llevándose la mano á la cara.) Muchas gracias. (Adelantándose hácia Beltran.)
BELT. Ah, ¿sois vos, Martin, el que haceis ese ruido?
MARTIN. Sí, sí, yo mismo. (Tocándose la mejilla.) Aquí hay una jóven que tiene algo que deciros en particular.
BELT. Á mí? (Ap.) Gran Dios! Si fuera... Oh!... Estoy loco!

(Martin hace entender á Guillermina que se adelante, y se va por el fondo. Tan pronto como desaparece Martin, se presenta Honorio embozado por la puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

BELTRAN, GUILLERMINA, HONORIO, y despues ÁNGEL.

Durante esta escena la orquesta tocará una música adecuada á la situacion.

GUILL. (Acercándose á Beltran con cierto misterio.)
Señor Beltran?
BELT. Presente!
Yo conozco esta voz.
GUILL. Pues le prohibo
que conocerme intente.
HONORIO. (Por el lado opuesto, llamando en voz baja la atencion de Beltran.)
¿Señor Beltran?
BELT. (Sorprendido.) ¿Qué es esto? ¿Un eco vivo?
GUILL. Oid.
BELT. (Á Guillermina.) Oigo.
HONORIO. (Á Beltran.) Escuchad.
BELT. (Á Honorio, como disculpándose.) Breves instantes...
HONORIO. Un instante no más.
BELT. (Separándose de él y acercándose á Guillermina.)
La dama es ántes.
GUILL. (Á Beltran cautelosamente.)
Á eso de las nueve y media
un coche os aguardará
del otro lado del rio,
próximo al Puente Rëal.
Subid en él,
dejáos guiar...
Va en ello vuestra
felicidad!
¿Ireis?

BELT. Iré.
GUILL. Con Dios quedad. (Váse por el fondo.)
BELT. ¿Va en ello mi ventura? Digo, digo!...
HONORIO. (Dirigiéndose impaciente á Beltran.)
¿No quereis atender?
BELT. Hablad, amigo.
HONORIO. (Misteriosamente.)
En la Plaza del Mercado,
al oir las diez sonar,
hallareis un carrüaje
que aguardando allí estará.
Subid en él
sin vacilar...
Vuestra ventura
en ello va.
¿Ireis?
BELT. (Cada vez más sorprendido, y como maquinalmente.)
Iré.
HONORIO. Con Dios quedad. (Váse por la derecha.)
BELT. Felicidad! Ventura! Caso extraño.
¿Cómo partirme en dos?
(Viendo á Ángel, que aparece en la puerta del fondo.)
Ángel, buen año
nos ofrece París.
ANGEL. (Con extrañeza.) Qué ocurre?
BELT. Nada.
Citas, paje, tapada...
(Remedando el tono misterioso de Honorio y Guillermina.)
Á las diez de esta noche
has de estar en la Plaza del Mercado.
Allí te aguarda un coche.
ANGEL. (Muy sorprendido.)
Á mí?
BELT. Ó á mí, ¿qué importa?
Si eres interrogado,
dí: «soy Beltran!» y pláticas acorta.
Sube en el coche

sin vacilar.
Va en ello nuestra
felicidad!

ANGEL. ¿Y luégo?

BELT. Luégo...
Ya lo verás!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Rico salon corto en el palacio de Versalles, con puerta al fondo y laterales. Á la derecha del actor una ventana en primer término, y al mismo lado una mesa y un sillon. Varios otros distribuidos convenientemente. Es de noche. Sobre la mesa habrá un candelero sin bujía.

ESCENA PRIMERA.

BELTRAN, luégo ANGEL.

Al levantarse el telon aparece Beltran dormido en el sillon próximo á la mesa. Despues de un preludio suave y piano, canta entre sueños.

MÚSICA.

BELT. Antonia! Cara imágen,
no te apartes de mí!
¿Te ablandarán mis ruegos?
Dime por Dios que sí.
Mi pecho de soldado,
que nunca sintió amor,
si compasion le niegas
sucumbirá al dolor!

HABLADO.

Antonia!... (Levantándose cual si tratara de perseguir á álguien, y despertando.) Eh! ¿Qué es esto? (Dirige una mirada á su alrededor asombrado de no ver nada.) Soñaba, sí, soñaba: tan grata vision no podia ser realidad.—¿Habré dormido mucho tiempo? Siento pasos. (Ángel entra á tientas por la puerta de la izquierda.)

ANGEL. ¿Si tropezaré al fin con álguien?

BELT. Gracias á Dios que vienen.

ANGEL. (En voz baja, reconociendo la de su amigo.) Beltran!

BELT. (Con extremada galantería.) Hermosa dama...

ANGEL. Calla, hombre, soy yo.

BELT. Ángel!

ANGEL. Tú aquí?

BELT. Y tú, ¿cómo en este sitio?

ANGEL. No bien me preguntó el lacayo quién era, y respondí «Beltran», me hizo subir al carruaje, y aquí me tienes.

BELT. ¿Qué querrá decir esta doble cita para un mismo lugar tratándose de mi sola persona?

ANGEL. Como al llegar era de noche, no pude ver nada. ¿Sabes dónde estamos?

BELT. En Versalles.

ANGEL. ¿Y en qué casa?

BELT. En la de Su Magestad el Rey Luis XV.

ANGEL. ¿En palacio? ¿Bajo el mismo techo que Blanca?

BELT. ¿No te lo decia yo?—Cuando bajé del coche me hicieron subir una escalera y me introdujeron en este salon, exigiéndome palabra de no salir de él. Consumida la bujía me rindió el sueño.—Y á tí, ¿que más te ha pasado?

ANGEL. Llegamos aquí, me alojaron en una pieza sin ventanas, y echaron por fuera el cerrojo. Cansado de esperar, púseme á registrar el cuarto; descubrí la puerta de escape de una escalera de servicio; subí dos tramos, crucé tres habitaciones, y penetré en esta.

BELT. ¿Qué hora será?

ANGEL. Está amaneciendo; pero aún no se siente á nadie.

BELT. ¿Sabrás volver á tu encierro?

ANGEL. Perfectamente: no hay más que atravesar tres piezas y bajar cuarenta y ocho escalones.

BELT. Vuélvete allá.

ANGEL. ¿Y Blanca?

BELT. Tal vez sea ella quien nos llama. No te detengas. Sabes donde estoy, sé donde estás...—Si te ocurre la menor cosa, ven á buscarme. Estamos embarcados en dos lances misteriosos, que prometen ser interesantes. ¿Nos estrellaremos? ¿Saldremos con bien? Ello dirá! Entre tanto, á mi puesto, Ángel, á mi puesto! (Empujándole hácia el lado por donde entró. Ángel da á tientas con la puerta y se va por ella.)

ESCENA II.

BELTRAN, despues un CRIADO, en seguida BLANCA y GUILLERMINA.

BELT. Pues señor, héme aquí á dos dedos de ser el héroe de un cuento de hadas. (Un Criado entra por la puerta de la derecha.) Siento pasos... (El Criado abre la ventana: déjase ver la luz del dia.) Abren una ventana! (Se dirige á hablar al Criado, el cual se pone un dedo en la boca indicándole que guarde silencio.) Sí, sí, chist! (Remedando al Criado. Este se dirige á la puerta por donde salió, hace una seña, y se retira por el fondo. Beltran mira hácia la derecha.) En la oscuridad diviso una mujer... (Acercándose un poco más.) Reina mia!...

GUILL. (Dentro.) ¿Sabeis á quién hablais?

BELT. La voz no me es desconocida.

GUILL. (Dentro.) Por supuesto!

BELT. ¿No la oí ayer en casa de la Bontemps? ¿No la he oido mil veces en nuestra casita de Rosel, querida Guillermina?

GUILL. (Dentro.) Señora, me ha conocido. Podeis venir.

(Entran por la puerta de la derecha Blanca y Guillermina.)

BELT. La señorita de Rosel! (Ap.) Con razon deseaba Ángel quedarse á mi lado.

MÚSICA.

BLANCA. Beltran.
BELT. Señora...
GUILL. (Á Beltran.) ¿Sabes
por qué te hallas aquí?
BELT. ¿Tú lo preguntas?
¿No me citaste ayer? ¿Quién te enviaba?
BLANCA. Son asuntos muy graves.
GUILL. Mucho! El Baron de Corvo me mandaba.
BELT. ¿Yo aquí por el Baron! ¿Qué estás diciendo?
BLANCA. ¿No comprendeis, Beltran?
BELT. No lo comprendo.

—

En mar de confusiones
se pierde mi razon.
¿Á qué con tal misterio
me cita ese Baron?
BLANCA y GUILL. En mar de confusiones
se pierde su razon;
no alcanza los misterios
del pérfido Baron.

—

GUILL. Á medias solamente
su designio al citarte conocia.
BLANCA. El verme aquí presente
dice que es grande la desgracia mia.

—

Mísera víctima
de un pecho bárbaro,
tímida imploro
noble favor.
Jóven intrépido,

muévaos mi súplica;
sálveme ¡ay triste!
vuestro valor.

—

BELT. Yo salvaros?
BLANCA. Me dijo Guillermina
que erais leal, honrado,
y á este lugar al punto se encamina
mi espíritu angustiado.

—

BELT. En mar de confusiones
se pierde mi razon.
¿Qué intentos serán esos
del pérfido Baron?
BLANCA y GUILL. En mar de confusiones
se pierde su razon.
No alcanza los intentos
del pérfido Baron.

HABLADO.

BELT. Explicaos algo más.
GUILL. Si es necesario explicártelo todo, no acabaremos nunca.
BELT. Empieza por el fin.
BLANCA. Apresurémonos: el Baron puede llegar de un momento á otro.
GUILL. La señorita Blanca está en grave riesgo, y es necesario que la ayudes á salir de él.
BELT. Con el alma y la vida. Y nos ayudará tambien un amigo que sabe mucho más que yo, y que se tendrá por dichoso...
BLANCA. (Sobresaltada.) No, que lo ignore siempre! Vuestro amigo Ángel se precipitaria, se perderia sin fruto, mientras que vos podeis salvarme.
BELT. ¿De qué se trata?
BLANCA. De luchar contra el Baron de Corvo.

BELT. ¿El Mayor general del Ejército?

BLANCA. Sé que tiene mucho poder.

GUILL. Y muchísimas picardías.

BELT. Tanto mejor. Y ¿qué quiere ese mal pariente?

BLANCA. Los temores que abrigaba vuestro hermano adoptivo cuando estábamos en Rosel, eran fundados. El Baron, abusando de su parentesco y autoridad, quiere obligarme á contraer matrimonio con un miserable, cuyo nombre no ha osado decirme, y se empeña en que el mismo dia de la boda parta al campamento con el marido que me destina.

BELT. ¿Es posible?

GUILL. ¡Si supieras con qué abominable intencion trata de llevar á cabo ese matrimonio!

BELT. Pues para deshacerlo dirijámonos al Ministro.

BLANCA. Al Conde de Maurepas? ¡Si está de acuerdo con el Baron!

GUILL. Como que se han unido para derribar á la Marquesa de Pompadour.

BELT. Entónces no hay más remedio que acudir al Rey.

BLANCA. (Con amarga sonrisa.) Al Rey!

GUILL. ¿Comprendes, Beltran, que ese malvado Baron se haya atrevido á pensar en la señorita Blanca para hacer de ella... la rival de la Marquesa de Pompadour?

BELT. (Indignado.) De ella! Pobrecita! (Estrechándola enternecido.) Perdonad, señora, os hablo como á una hermana; pero estoy dispuesto á sacrificarme por vos, como si fuera vuestro hermano.

BLANCA. Oh, gracias!

BELT. No hay por qué darlas.

BLANCA. De algunas palabras que me ha dicho el Baron colijo que teneis en lo que me atañe un poder igual al suyo.

BELT. (Sorprendido.) ¿Un poder igual?

GUILL. Este es el principio.

BELT. Dadme alguna luz sobre ese principio.

BLANCA. Yo tenia en la India un tio de mi madre, el Duque d'Armentières...

GUILL. (Que se habia retirado hácia el foro al empezar Blanca su narracion, vuelve precipitadamente diciendo:) Álguien viene.

BLANCA. Si nos encuentran aquí, todo se ha perdido.

BELT. Una palabra.

GUILL. (Á Blanca.) Vamos, vamos.

BELT. Pero, ¿qué he de hacer?

GUILL. Lo que te parezca mas conveniente. (Yéndose apresuradamente con Blanca por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

BELTRAN, en seguida MARTIN, luégo el BARON.

BELT. Y ¿qué se yo lo que será conveniente? (Entra Martin por el fondo.) Calle, el señor Martin! Está visto: yo conozco á todo el mundo en Versalles.

MARTIN. (Desde la puerta.) Señor Baron, podeis entrar.

BELT. Ya pareció aquello. (Viendo aparecer al Baron con un legajo de papeles en la mano.)

MARTIN. (Ap. al Baron, señalando á Beltran.) Ese es nuestro hombre.

CORVO. (Desde el fondo, examinando á Beltran.) No tiene mal aire.

BELT. (Ap.) Qué mirada! Estemos en guardia.

CORVO. (Á Martin, sin bajar á la escena.) ¿Es él quien ha tenido con la Marquesa de Pompadour la entrevista que me habeis dicho?

MARTIN. El mismo.

CORVO. Así se identifican mis designios con los de Maurepas. (Hace un gesto de despedida á Martin, el cual desaparece por el foro. En seguida baja al proscenio, y coloca el legajo sobre la mesa; entre tanto dice sonriendo y hablando consigo mismo: La historia que voy á contar á este zopenco es verdadera; no ha de costarme gran trabajo hacerle creer que es la suya.

BELT. (Ap.) ¿Qué querrá este hombre?

CORVO. (Á Beltran.) Buenos dias, querido Marqués.

BELT. (Con suma extrañeza.) ¿Marqués? ¿Yo Marqués?

CORVO. Sin duda.

BELT. ¿De mis espuelas, ó de mi espada?

CORVO. No lo tomeis á broma. Os lo dice el Baron de Corvo vuestro primo.

BELT. Ah! Conque somos...

CORVO. Primos, hijos de primos hermanos. ¿Os sorprende la noticia?

BELT. Pues no ha de sorprenderme! ¿Yo Marqués con este pelaje?

CORVO. Inmediatamente vestireis el traje que os corresponde.

BELT. ¿Abandonar yo el de soldado!

CORVO. Es indispensable. Hoy mismo vendrá á visitaros el Conde de Maurepas.

BELT. Muy señor mio.

CORVO. Y os presentaremos á... (Observándole atentamente.) á la Marquesa de Pompadour... ¿No la habeis ya visto?

BELT. ¿Dónde diablos he de haber visto á esa Marquesa?

CORVO. (Ap.) Ignoraba que fuese ella. (Alto.) Ántes que el Rey vaya á reunirse con el ejército, he de presentaros tambien á Su Majestad.

BELT. Al Rey?

CORVO. Ya estais anunciado; no teneis que hacer sino dejaros llevar.

BELT. (En tono malicioso.) ¿Con los ojos vendados?

CORVO. ¿Prefeririais ver claro?

BELT. Si no fuese indiscreto...

CORVO. Precisamente he venido á daros cuantas explicaciones querais.

BELT. Empezad.

CORVO. Sentémonos. (Se sienta en el sillon próximo á la mesa.)

BELT. Me gusta más estar de pié.

CORVO. Todo el mundo en la córte confirmará lo que voy á deciros. La historia se remonta á un tio de mi madre, al Duque d'Armentières.

BELT. ¿El Duque d'Armentières? ¿No es tambien pariente de la señorita Blanca?

CORVO. En efecto.—Era un señor violentísimo, dominado por dos pasiones: el amor á su hija única, Margarita, y el

ódio más profundo á la familia de la Tour d'Avon. Cierto dia, al desembarcar en el Havre de vuelta de Portugal, á donde habia ido con una mision del Regente, no sé qué amigo ó enemigo salió á su encuentro, y le reveló que Margarita se habia casado en secreto con el último vástago de aquella raza detestada, con el jóven Marqués de la Tour d'Avon.

BELT. De la Tour d'Avon!

CORVO. (Levantándose.) Dos dias despues se presentó el Duque á su hija con tan terrible aspecto, que al verle exclamó Margarita: «¿Sabeis ya que estoy casada?» Á lo cual respondió el padre: «No, viuda. He obligado á tu marido á batirse, y le he dado muerte.» Margarita cayó como herida de un rayo, y en medio del más espantoso delirio espiró al dia siguiente. Pero ántes, recobrando un momento la razon, exclamó dirigiéndose al Duque: «¿Y mi hijo? ¿Qué ha sido de mi hijo? ¿Le habeis dado muerte tambien?»

BELT. (Conmovido.) Pobre mujer! Tenia un hijo?

CORVO. Sí, un hijo de quince dias.—Al saber la vuelta del Duque se apresuró el Marqués á ocultar el niño para sustraerlo á su venganza. Por sí mismo acababa de confiarlo á manos seguras, cuando fué desafiado y muerto.

BELT. De modo que sólo él sabia dónde estaba su hijo?

CORVO. Él únicamente. El Duque hizo durante dos años pesquisas por toda Francia; mas su nieto no pareció. Dividió entónces los cuantiosos bienes que poseía entre sus dos sobrinas, mi madre y la de Blanca de Rosel, y partió á la India decidido á morir en aquella guerra.

BELT. Terrible aventura!—Pero todo eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

CORVO. Esperad. (Fijando la vista en Beltran.) Como el Duque deseaba morir, tropezó allí ántes con la riqueza que con la muerte. Hace poco ha llegado la noticia de su fallecimiento. Deja un caudal de diez millones, que lega á la Compañía de las Indias, si no parece su nieto y

legítimo heredero.

BELT. ¿Y bien?

CORVO. ¿Aún no adivinais? El heredero del Duque d'Armentières, el Marqués de la Tour d'Avon sois vos.

BELT. Yo!

CORVO. Vos mismo. ¿No habeis pasado hasta ahora por expósito?

BELT. Sí.

CORVO. ¿Conoceis á vuestros padres?

BELT. No.

CORVO. Entónces, ¿por qué os sorprende hallar nombre y familia?

BELT. Por qué?... Qué sé yo! Se me figura que si fuese cierto lo creeria.

CORVO. (Frunciendo el ceño.) Eso es decir...

BELT. ¿En qué me habeis reconocido?

CORVO. La casualidad me proporcionó algunos indicios... Despues he adquirido pruebas irrecusables.

BELT. ¿Dónde están?

CORVO. Aquí las tengo. (Se dirige á la mesa, y parándose de pronto se encara con Beltran en tono de reconvencion.) Convengamos, no obstante, en que están trocados los papeles. Se os hace rico y noble, y desconfiais como si trataran de arruinaros. Porque despues de todo, ¿á mí qué me va en ello?

BELT. Eso es precisamente lo que yo pregunto.

CORVO. (Aparentando resentimiento.) Cuando por amor á una persona de mi propia sangre trabajo contra mis intereses, tengo derecho á que nadie ponga en duda mi veracidad.

BELT. Sin embargo, los cuantiosos bienes del Duque ¿no iban á parar á manos de extraños?

CORVO. Esos bienes no son para mí, sino para vos.

BELT. Mas como no sabré qué hacer con tanta riqueza, vos...

CORVO. (Fingiendo irritarse.) Yo me veré obligado á respetar vuestra voluntad, porque en la gerarquía de la familia sois mi superior. (Volviendo á buscar entre los papeles.) Aquí está el testamento del Duque d'Armentières, que

os constituye en jefe de la familia.

BELT. Pues siendo así, abracémonos, primo, abrácemonos! (Le abraza con frenesí.)

CORVO. (Cariñosamente.) ¿Os dejareis guiar por quien os mira con tanto interés?

BELT. Como un doctrino.

CORVO. Así me gusta.

BELT. Por de pronto me encuentro bien en este palacio y me instalo aquí con vos.

MARTIN. (Entrando por la puerta del fondo.) El señor Conde de Maurepas avisa al señor Baron que va á subir inmediatamente.

CORVO. (Á Beltran.) ¿No os lo decía?

BELT. Vais á ver si obro lo mismo que si estuviera en mi casa.—Martin, id al instante á París y traeos mi Celmira.

CORVO. Considerad que estamos en el Palacio Real.

BELT. Y ¿qué puede importarle al Rey que me traigan mi yegua?—Dime, primo, ¿tienes ahí tu bolsillo?

CORVO. Sí.

BELT. Pues dámelo. (El Baron se lo entrega.) Martin, toma para el viaje. (Le da el bolsillo.)

MARTIN. (Tomándolo y haciéndole una gran reverencia.) Monseñor!... (Aparte, pesando en la mano el bolsillo.) Qué espléndido es!

BELT. Soy hombre de millones. (Váse Martin.)—Primo, vos los manejareis. Oid. (Le coge del brazo y se pasea con él por la escena.) Quiero librar del servicio inmediatamente á m amigo Ángel.

CORVO. (Disgustado, pero sin atreverse á contradecirle.) Está bien, se hará.

BELT. Le daremos... cincuenta mil libras! Y otras tantas al tio Francisco, que me ha servido de padre. Y otras tantas para dotar á Guillermina.

CORVO. Sois demasiado generoso.

BELT. Soy un caballero!

CORVO. (Ap. encolerizado.) Animal!

BELT. (Ap. riéndose.) No es poco para un dia.

ESCENA IV.

DICHOS, MAUREPAS, con un pliego en la mano.

CORVO. (Adelantándose á recibirle, y señalando á Beltran.) Señor Conde, mi primo el Marqués de la Tour d'Avon.

BELT. (Dando un fuerte apreton de manos al Conde.) Á la órden!

CAUR. Qué gracioso!—Queria tener el gusto de entregaros personalmente el despacho de Coronel del regimiento en que servís como soldado.

MORVO. (Entrega á Beltran el pliego.) Yo lo habia aceptado ya en vuestro nombre.

BELT. Gracias, primo.

CORVO. Quitaos ese uniforme, y poneos el traje con que os hemos de presentar al Rey.

BELT. ¿Dejar mi uniforme? Oh, eso no.

MAUR. (Sonriendo afectuosamente.) Pero si sois Coronel!

BELT. Me pondré las insignias.

CORVO. Sin embargo, en la recepcion del Rey teneis que dar la mano á la señorita de Rosel, mi prima.

BELT. (Con intencion.) Nuestra prima.

CORVO. Sí, nuestra prima, que se debe casar mañana.

BELT. ¿Casarse? Supongo que será á su gusto. Soy el jefe de la familia, y no se casará sin mi consentimiento.

CORVO. Poco á poco, querido Marqués, soy yo quien ha arreglado la boda.

BELT. Pero es ella quien ha de casarse. Fuera de que le he echado ya el ojo á un partido magnífico... (Ap. gozoso.) Y que Ángel no se pondrá muy contento!

MAUR. Debo advertiros que sobre vuestra autoridad está la voluntad del Rey. El marido que destina el Baron á la señorita de Rosel está al servicio de Su Magestad, y debe acompañarle al campamento.

BELT. Lo mismo hará el otro si es necesario.

CORVO. ¿Y cuál es su posicion?

BELT. La mia... sobre poco más ó ménos.

MAUR. Pero ¿su nacimiento...

BELT. Tan noble como el mio.

CORVO. ¿Y se llama?

BELT. Ya lo sabreis.—Ántes quiero ver á mi prima Blanca. (Entra un Lacayo y entrega una carta á Maurepas.)

CORVO. Imposible!

BELT. Imposible? (Al Lacayo.) Id á la habitacion de la señorita Blanca de Rosel, y decidle que su primo el Marqués de la Tour d'Avon tiene que hablarle con urgencia. (Váse el Lacayo.)

MAUR. (Despues de leer la carta.) La Marquesa de Pompadour me escribe que la vea ántes de ir al consejo. ¿Quereis acompañarnos, Marqués?

BELT. Lo haria con gusto, pero tengo que hablar á mi prima.

MAUR. Vamos, Baron. (Ap. á Corvo, al retirarse.) Va á ser necesario quitarle la plaza.

CORVO. (Para sí.) No durará en ella quince dias.

ESCENA V.

BELTRAN, luégo ÁNGEL, despues un LACAYO.

BELT. Si pensaban divertirse conmigo, no irán satisfechos. (Viendo entrar á Ángel por la izquierda.) Ven, querido Angel; por aquí marcha todo á pedir de boca. ¿Y por allá?

ANGEL. Acaban de anunciarme que dentro de media hora verá el señor Beltrán á la persona que le ha hecho venir.

BELT. ¿Te la han nombrado?

ANGEL. Sí, Antonia Guillaumin.

BELT. Antonia!... (Entra el Lacayo.)

LACAYO. La señorita de Rosel me ha dicho...

ANGEL. Blanca!...

LACAYO. Que espera á su primo el señor Marqués de la Tour d'Avon.

BELT. Voy al momento. (Váse el Lacayo.)

ANGEL. Cómo! ¿Qué es esto?

BELT. Ángel, cambiemos; tú por allí, yo por aquí.

ANGEL. Pero ¿qué significa...

BELT. Lo sé yo acaso? Es decir, sé que no soy Marqués, pero

ignoro por qué quieren que lo sea. Fíate de mí, alégrate, y dí á la señorita Blanca que espere, que yo trabajo por vosotros. Corre: tú al lado de Blanca, yo al de Antonia Guillaumin! (Váse Ángel por la puerta de la derecha y Beltran por la de la izquierda.)

MUTACION.

Jardines de Versalles. Á la derecha del actor el pabellon de la Marquesa de Pompadour, al cual se sube por una corta escalinata. En el centro de la escena, y abierta completamente en la parte que mira al público, lujosa tienda como de campaña, dispuesta para salon de verano, en cuyo centro habrá un gran velador de mármol con libros, albums, etc.

ESCENA VI.

CORO DE DAMAS y CABALLEROS, en seguida la MARQUESA Y QUESNAY. Al final de la escena aparecen el BARON y MAUREPAS.

MÚSICA.

CABS. La Marquesa es modelo de hermosura.
DAMAS. No hay elegancia que á la suya iguale.
TODOS. Á su amparo florece la cultura,
y en todo su buen gusto sobresale.
QUESNAY. (Anunciando.)
Señores, la Marquesa.
MARQ. (Saliendo agitada del pabellon, se dirige á Quesnay y le pregunta aparte:)
¿No ha venido,
caro Doctor?
QUESNAY. En la brillante córte
que ahí aguarda de vos una sonrisa,
el Conde de Maurepas no se divisa.
MARQ. Me inquieta su tardanza.
CORO. (Á cierta respetuosa distancia de la Marquesa, pero refiriéndose á ella.)
En su favor se cifra mi esperanza.
QUESNAY. (Ap. á la Marquesa.)

De honda melancolía
huellas se ven en vuestro rostro hermoso.

MARQ. Ah! Que nadie lo note: de alegría
la máscara falaz mienta reposo.

(Bajando al proscenio con Quesnay, le dice:)

Oh! cuán llena de amargura,
de zozobra, de ansiedad,
hoy me tienen las intrigas
del Baron y de Maurepas.
Ya en la córte aplauden muchos
á la mágica beldad
por quien dicen que el Rey debe
mis amores olvidar.
Demostrar lo que padezco,
diera el triunfo á mi rival;
por vencida me tuvieran
si me viesen suspirar...
No, doctor; brille en mi rostro
la sonrisa de la paz,
aunque dentro de mi pecho
ruja horrible tempestad!

(Cambiando de tono repentinamente, y dirigiéndose al coro con la sonrisa en los labios.)

Llegad, llegad, señores.
Con amigos tan caros
la vida es un vergel de amenas flores.

CORO. Y vos á un tiempo el bienhechor rocío
que les presta frescura,
y el sol de quien reciben la hermosura.

MARQ. (Con coquetería, como ruborizándose modestamente.)
Yo sol? Pobre de mí!

CORO. Y aún no es bastante;
que brilla más que el sol vuestro semblante.

MARQ. Lisonjera amistad!—Y ¿qué se dice?

CORO. La córte anda afligida
al saber del Monarca la partida.

UNOS. ¿Será muy pronto?

MARQ. En breve.
El Mariscal insigne de Sajonia
á su lado le llama,
y á Flandes partir debe:
allí el honor de Francia lo reclama.
UNOS. El Rey es nuestra gloria.
OTROS. Él llevará consigo la victoria.
MARQ. Y para celebrarla, inventaremos
mil festejos y mil. (Dirigiéndose á un grupo de caballeros.)
Vuestros pinceles,
reyes de la pintura,
tracen diseños que la edad futura
coronará con mágicos laureles.—
(Aparecen Maurepas y Corvo por el fondo.)
Quesnay, ver quiero al punto
al valiente soldado
que á defenderme se lanzó arrojado.
CORVO. (Ap. á Maurepas.)
Conde, oís? (Se oculta con el Conde.)
QUESNAY. (Que ha visto al Baron y al Conde, dice aparte á la Marquesa.)
Aquí están. La conferencia
será larga?
MARQ. Brevísima.—Decidle
que no tarde en venir á mi presencia. (Váse Quesnay.)

Dulces amigos,
mil y mil gracias!
Árduos asuntos
ahora me llaman:
yo velo próvida
por vuestro bien.
Tantas finezas (Á las Damas.)
colman mi dicha.
Para vosotros, (Á los Caballeros.)
vates y artistas,
dones espléndidos
conseguiré.

CORO. Nuestras finezas
colman su dicha!...
Bien las merece
la favorita
que vela próvida
por nuestro bien. (Vánse.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA, MAUREPAS, CORVO, despues BELTRAN.

Al retirarse el Coro se presentan de nuevo el Conde y el Baron.

HABLADO.

MARQ. (Al Conde.) Agradezco mucho que hayais tenido la bondad de venir tan pronto.

MAUR. Yo estoy siempre á las órdenes de la señora Marquesa.

MARQ. ¿Celebrais consejo esta mañana?

MAUR. Dentro de breves minutos.

MARQ. En él ha de suscitarse una cuestion sobre la cual quisiera saber qué opinais. Solicito de Su Majestad que me permita ir á Flandes á reunirme con él en el campamento.

MAUR. (Como sorprendido y con aire galante.) La señora Marquesa es para Su Majestad bien tan precioso, que habrá de dignarse perdonar si no podemos consentir en exponerla al menor peligro.

MARQ. La Duquesa de Châteauroux acompañó al Rey en la campaña de Lorena.

MAUR. Sí, pero estuvo á punto de caer en manos del enemigo.

MARQ. Yo misma ¿no fuí de incógnito á Fontenoy?

MAUR. El incógnito no atañe al Consejo.

MARQ. Muy bien. Deseaba saber á qué atenerme, y sé ya lo que me toca hacer.—Sólo quisiera que despues del Consejo os tomáseis la molestia de participarme la resolucion que se adopte.—(Dirigiéndose á Corvo.) ¿Puedo

complaceros en algo, señor Baron?

CORVO. Queria rogar á la señora Marquesa que me permitiese presentarle un pariente mio.

MARQ. (Con intencion.) Pensé que se trataba de una parienta!—Quien venga patrocinado por vos será siempre bien recibido.—No os detengo más, señor Conde; es la hora del Consejo.

BELT. (Apareciendo sobre las gradas del pabellon de la derecha.) Su voz! Es ella!

CORVO. (Á la Marquesa.) Aquí está ya el pariente de quien hablaba.

BELT. (Bajando á la escena como deslumbrado.) Ah!

CORVO. (Disculpándose.) Mas no soy yo quien le introduce aquí tan irregularmente. (Coge á Beltran por la mano, y volviendo con él á donde está la Marquesa, dice:) Señora, tengo el honor de presentaros mi primo el Marqués de la Tour d'Avon.

MARQ. (Ap. sorprendida.) Marqués!

MAUR. (Saludando á la Pompadour.) Señora Marquesa... (Se hacen recíprocamente una gran reverencia, y se van Maurepas y Corvo.)

BELT. (Ap.) ¿Marquesa!

ESCENA VIII.

MARQUESA, BELTRAN, despues HONORIO.

BELT. ¿Ha dicho Marquesa? Bien me lo figuré ayer.—(Adelantándose resueltamente.) Vos sois la Marquesa de Pompadour.

MARQ. Así es.

BELT. Adios, señora.

MARQ. ¿Os vais?

BELT. Me voy.

MARQ. ¿Adónde?

BELT. Qué sé yo!...—Pero me voy.

MARQ. Idos, pues no temeis ofenderme.

BELT. (Deteniéndose.) Ofenderos?—Soy un pobre diablo, pero

no tengo mal corazon. (Acercándose á la Marquesa.) Si supiérais!... Desde que nos separamos, sueño despierto. Dícenme vuestro nombre, el de Antonia, y, como la mariposa á la luz, corro alegremente al fuego. Pero caigo sobre ese otro nombre, sobre el terrible que acabo de oir, y... Dejad que huya, que me salve, porque sufro mucho!—De repente he visto abrirse entre ambos un precipicio.—Creo que ayer os burlásteis de mí, y que ahora me llamais para burlaros de nuevo.

MARQ. No, para presentaros al Rey.

BELT. ¿Al Rey? Entónces ¿á qué ocultarme la verdad?

MARQ. ¿No me la ocultásteis vos? Aquí os han llamado Marqués. ¿Qué significa ese título?

BELT. Una comedia, una farsa! El Baron de Corvo se empeña en que soy su primo, y Marqués de... de... qué sé yo; ya lo habeis oido. He puesto á prueba su veracidad, y no ha podido satisfacerme. El Baron se divierte conmigo ó se sirve de mí para algo, pero de seguro me engaña.

MARQ. (Con cierta desconfianza.) ¿Con qué fin inventaria ese parentesco?

BELT. (Con expresion franca y sincera.) Eso digo yo. ¿Qué es lo que quiere? ¿En qué intriga se propone enredarme? No lo comprendo. Mas juro á Dios que he de deshacer este embrollo, y romper el lazo que me ha tendido!

MARQ. Es muy extraño cuanto decís.

BELT. (Como asaltado de una sospecha que le hiere.) ¿Seríais capaz de creerme de acuerdo con el Baron? No os faltaba más que eso! ¿Desconfiais ahora de mí?

MARQ. Desconfiar?... No es esa mi falta, es mi suplicio! Por eso no os declaré ayer mi nombre: queria poder creeros. Desconfiar! ¿No hablais de lazos y de intrigas? Pues bien, yo vivo siempre rodeada de intrigas y de lazos. Desconfiar!... Si os dijese que desconfio de mi propia; de lo que siento, de lo que pienso, de la palidez que denuncia mi inquietud, de las lágrimas que derramo á solas... y que han estado á punto de hacerme traicion revelando que mi envidiada felicidad es

mentira, que mienten la sonrisa de mis labios y la alegría de mi rostro!...

BELT. Desconfiad de vos misma, si quereis, pero no de mí. Sin saber cómo, desde esta mañana estoy trabajando por vos.

MARQ. ¿Por mí?

BELT. El Conde de Maurepas y el Baron de Corvo ¿no son vuestros enemigos?

MARQ. Sí.

BELT. Contra ellos lucho. ¿Vereis con satisfaccion el matrimonio que preparan á la señorita Blanca de Rosel?

MARQ. De ese matrimonio se valen para minarme el terreno.

BELT. Pues ya estoy haciendo la contramina.

MARQ. ¿Cómo sin conocerme?

BELT. No ha sido por vos, sino por mi amigo Ángel, que está enamorado de la señorita Blanca. Á fuer de primo, ya que se empeñan en que lo sea, he comenzado por oponerme á esa boda.

MARQ. No me engañaba el corazon!...—Beltran, lucharemos juntos.

BELT. Victoria!

MARQ. Ni os quiero sólo por aliado. Ayer aceptásteis la amistad de Antonia Guillaumin; aceptad hoy la de la Marquesa de Pompadour.

BELT. No es lo mismo.

MARQ. Al veros tan valiente y generoso, dije para mí: Seria grato apoyarse en una mano tan firme, tener cabida en un corazon tan leal! (Alargándole la mano.)

BELT. (Estrechándola con efusion.) Ah señora, seré vuestro defensor, vuestro esclavo, lo que gusteis; pero vuestro amigo!... Vos nada arriesgais. Yo sí; porque si se me va la cabeza...

MARQ. Yo la conservaré por ambos. Sólo codicio vuestra amistad. La quiero, y la obtendré para siempre.

BELT. Si me hablais así... La amistad es mi flaco. Ya os he dicho que tengo un amigo mil veces mejor que yo...

MARQ. Tened tambien una amiga.

HONORIO. (Que durante el anterior diálogo ha estado espiando desde el pabellon, dice bajando las gradas:) Su Majestad la Reina aguarda á la señora Marquesa. (Váse.)

BELT. Y no hemos convenido aún lo que se ha de hacer!

MARQ. Yo respondo del Rey, mientras me dejen á su lado. Más todavía: si me prohiben seguirle, el dia ménos pensado aparezco en el campamento.

BELT. Pero como entre tanto podrian casar á la señorita Blanca, pienso irme derecho...

MARQ. Á quién?

BELT. Á su futuro marido.

MARQ. Le conoceis?

BELT. Ya haremos conocimiento.

MARQ. (Un tanto alarmada.) El hombre que acepta semejante matrimonio ha de ser un miserable...

BELT. Sí, un miserable, un vil!

MARQ. Con tales hombres no hay más medio que el interés.

BELT. Hay otro.

MARQ. Cuál?

BELT. El miedo.

MARQ. El Conde y el Baron estarán de su parte. No os comprometais.

BELT. El peligro es la mitad de la vida!

MARQ. Al salir del Consejo ha de venir á buscarme aquí el Conde de Maurepas.

BELT. ¿Con el Baron?

MARQ. Siempre andan juntos. Rogadles que me esperen, y aguardad con ellos. Despues arreglaremos lo que convenga. Alianza y eterna amistad entre la Marquesa y el soldado.

BELT. Alianza! Amistad!

MARQ. Confio en vos. Si me engañaseis, desesperaria de la lealtad humana. (Se entra en el pabellon.)

ESCENA IX.

BELTRAN.

Oh dicha! Arriesgaba gustoso mi vida por Ángel; ahora la arriesgaré por ambos con mayor gusto. (Mirando hácia el fondo.) Álguien viene. Son ellos. Me ocultaré un instante: podrian descubrir en mi rostro lo que está pasando en mi corazon. (Se oculta.)

ESCENA X.

MAUREPAS y el BARON; BELTRAN oculto.

MAUR. (Riéndose.) Famosa aventura!

CORVO. La Marquesa y mi nuevo primo se encontraron ayer en casa de la Bontemps, y acaban de tener aquí una larga conferencia. Estos hechos son más que suposiciones.

MAUR. Obstinado en mirar á la cabeza de la favorita, ni sospechaba que tuviese corazon. Si pudieramos conseguir pruebas de una intriga amorosa, la hundiriamos para siempre.

CORVO. Yo querría algo mas!

BELT. (Dentro.) Habrá tuno!

CORVO. Si el que ha sustituido á la Compañía de las Indias en la herencia del Duque d'Armentières fuese un reo de lesa majestad, ¿qué inconveniente habría en decretar su prision y confiscar sus bienes?

MAUR. (Con sonrisa maliciosa.) ¿En ventaja de su pariente más próximo?

CORVO. Yo haría valer mi derecho.

BELT. (Oculto.) No te harán daño.

MAUR. Como querais. Os inspira vuestra familia una gran ternura.

CORVO. Mi primo es soldado, lo hemos hecho Coronel... ¿Quién sabe si al encerrarlo en un calabozo lo salvamos de alguna bala?

BELT. (Desde su escondite.) Infame!

MAUR. (Con gravedad.) ¿Estais seguro de que ese hombre es el Marqués de la Tour d'Avon?

CORVO. Segurísimo.

BELT. (Ap.) No lo estoy yo tanto.

CORVO. Pido rigor para él, porque se levanta como un obstáculo capaz de malograr el proyectado matrimonio.

MAUR. Silencio, aquí está. (Viendo entrar á Beltran.)

CORVO. ¿Sois vos, querido primo?

BELT. Os buscaba.

CORVO. ¿Para qué?

BELT. Para deciros que no me siento con vocacion de Marqués.

CORVO. ¿Estais loco? ¿Rechazais el caudal?

BELT. Lo rechazo.

CORVO. Oh, eso no puede ser! No se abdica un nombre de esa manera. No se despoja uno de un derecho como de un vestido. Vos sois un caballero.

BELT. ¿Estais bien seguro?

MAUR. (En tono de reconvencion.) Baron!

CORVO. (Á Beltran.) ¿Dudais todavía?

BELT. Un poquillo.

CORVO. Esta mañana os he llevado la prueba.

BELT. Sí, pero no me la habeis enseñado.

MAUR. (Como ántes.) Señor Baron!...

CORVO. (Sacando del bolsillo una carta.) Aquí la teneis: una carta de la Marquesa de la Tour d'Avon contando el nacimiento de su hijo.

MAUR. (Tomando la carta de manos de Corvo.) Veamos. (Se pone á leerla.)

BELT. ¿Y qué es lo que demuestra que ese hijo sea yo?

CORVO. (Inquieto y con la vista fija en la carta.) Es... una circunstancia que ignorais vos mismo, y que viene bien con ciertos indicios de esa carta.

MAUR. ¿Se trata del rosario que la pobre madre echó al cuello del niño, segun dice aquí?

CORVO. (Tranquilizándose.) Precisamente.

BELT. (Con ansiedad.) Un rosario?

MAUR. Esmaltado, del siglo XIV, con estas palabras grabadas: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ.*

BELT. (Arrebatado de alegría.) Gran Dios! Luego entónces ese hijo... (Conteniéndose, como asaltado de una idea terrible, exclama aparte.) Mi Ángel!... Oh! Le matarian!

MAUR. (Sorprendido.) Decís que es...

BELT. (Dueño de sí mismo, con gran decision.) Digo que soy yo! Hé aquí el rosario. (Saca del bolsillo y presenta el que le dió Ángel,)

CORVO. (Retrocediendo aterrado.) Ah!

BELT. (Á Corvo, en tono de altiva y fria reconvencion.) ¿Qué es lo que os sorprende?

CORVO. (Procurando disimular su situacion.) Á mí?... Nada...

BELT. (Recogiendo el rosario, despues de haberlo examinado el Marqués.) Ya estoy convencido.

MAUR. Y yo tambien. (Á Corvo.) Decid á la Marquesa lo que se ha resuelto; no puedo aguardarla más.

BELT. Señor Conde, esa carta me pertenece.

MAUR. (Entregándosela y haciéndole una cortesía de despedida.) Tomad!

BELT. Guardo la carta y el rosario, y reivindico mi nombre y mis derechos. Ya vereis, señor Baron, qué bien los sé defender! (Váse Maurepas.)

ESCENA XI.

DICHOS, la MARQUESA, BLANCA y ÁNGEL. El CORO DE DAMAS y CABALLEROS empieza á entrar en escena por las distintas calles de los jardines.

MUSICA.

MARQ. (Á Blanca, con la que sale del pabellon seguida de Ángel.)
No trateis de disculparos
por tan digno proceder.

BLANCA. Servirse intentan de mí

contra vos, cerca del Rey.
Este amigo de mi madre (Por Ángel.)
me ha inspirado, noble y fiel,
que implorase vuestro auxilio:
mi inocencia proteged.

CORVO. Oh, ¿qué haceis? (Á Blanca, irritado.)

BLANCA. (Decididamente.) Ante el Baron
aún más alto lo diré.

MARQ. Pobre niña! Horrenda vida
es luchar con vil doblez!...
¿Implorais mi proteccion?
Con el alma os la daré.
Mas ¿quién sabe si á mí propia
me podré ya proteger!

CORO. ¿Es verdad, cara Marquesa,
lo que dicen?

MARQ. ¿Dónde y quién?

CORO. Que no vais al campamento
con Su Majestad el Rey.

MARQ. Cómo!

CORVO. (Á la Marquesa.)
El Conde de Maurepas
encargarme tuvo á bien
trasmitiros la noticia:
no era grata, y la olvidé.

MARQ. Bien está. Pero tampoco
irá Blanca de Rosel.

CORVO. Blanca irá con su marido.

ANGEL. / BLANCA. Su / Mi marido?

MARQ. Mas ¿quién es?
¿Ha tenido ya la audacia...

BELT. (Adelantándose.)
Yo lo tengo de escoger,
y elegido está.

MARQ. (Con satisfaccion.) ¿Su nombre?

BLANCA. (Ap.) ¡Oh dicha!

ANGEL. (Ap.) ¡Oh gozo!
BELT. (Solemnemente.) El Marqués
de la Tour d'Avon!
BLANCA, ANGEL y CORVO. ¿Qué escucho!
MARQ. (Indignada.) ¡Qué villano proceder!
MARQ. y BLANCA. Soñaba el alma mia,
creyendo en su locura
lo que ilusiones eran
hermosa realidad.
Mas ay! veloces huyen
los sueños de ventura;
que es cieno, como todos,
el mísero Beltran!
ANGEL. Volando en las regiones
de la ilusion más pura,
soñaba con las glorias
de amor y de amistad.
Hoy burla ingrato amigo
mi fraternal ternura,
y el pecho me destroza
la infamia de Beltran.
BELT. Por vanas apariencias
me juzga su locura,
sin comprender la causa
de lo que viendo están.
En tanto que destroza
mi pecho la amargura
de que los que amo duden
del mísero Beltran!
CORVO. Por tierra echar intenta
mis planes su locura,
burlando mi esperanza,
ya casi realidad.
En vano contrastarlos
el necio se figura:
¿qué puede contra Corvo
el mísero Beltran?

CORO. ¿Qué es esto? ¿Qué sucede,
que á todos tanto apura?
¡Cuál muestran en su rostro
pintada la ansiedad!
Al verlos tan perplejos,
á mí se me figura
que el caso no carece
de cierta gravedad.

(Empiezan á retirarse. La Marquesa y Ángel, pasando por delante de Beltran, le dicen indignados.)

MARQ. Beltran, os desprecio! (Váse.)

ANGEL. Os odio, Beltran! (Id.)

BELT. (Llevándose la mano al corazon, y con profunda amargura.)
Odiarme!...
(Siguiéndolos amorosamente con la vista.)
Yo os amo,
y os voy á salvar!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campamento francés en Flandes. Tiendas de campaña distribuidas por el escenario, y una practicable á la izquierda del actor, en la que habrá mesa de tijera con mapas y recado de escribir. Á la derecha, en primer término junto á los bastidores, un poste de madera con un tarjeton en lo alto que diga en letras gordas: TEATRO DEL CAMPAMENTO. En el fondo las cantinas. Á lo léjos un pueblecillo. Más allá, limitando el horizonte, un molino medio arruinado.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE OFICIALES y SOLDADOS: GUILLERMINA, MARTIN.

MÚSICA.

CORO. Viva la guerra! La patria viva!
Ya los aprestos hechos están.
Al fuerte impulso de nuestras armas
los alïados sucumbirán.—
¿Qué decis, señor Martin?

MARTIN. Que estoy hecho un azacan,
sin poder un solo instante
con el susto descansar.

CORO. ¿No gustais de las batallas?

MARTIN. Soy amigo de la paz.
El tronar de los cañones
yo no sé lo que me da.

CORO. Pobrecillo!—Pobrecillo!
—Sois un mandria!—Já, já, já!

GUILL. (Como reconviniéndole por su flaqueza.)
¡Seor Martin!

MARTIN. Ay Guillermina,

no he nacido, por mi mal,
para andar por vericuetos,
tiro aquí, sablazo allá!
Sólo viendo esos ojitos,
en la brega militar
el arrojo imitaria
del intrépido Beltran.

—

Ay Guillermina,
no puedo mas;
el maldito del Baron
con el pobre Martin ha de acabar.

CORO. ¿Á Beltran habeis nombrado?
—Qué valiente!—Qué galan!

GUILL. Hizo anoche un gran prodigio.
Es un héroe!

CORO y MARTIN. Sin igual.

GUILL. ¿Conoceis su heróica hazaña?

CORO. No, pardiez.

GUILL. Pues escuchad.

(El Coro rodea á Guillermina prestándole mayor atencion.)

En uno de los puestos
más avanzados,
como si aún fuera solo
simple soldado,
Beltran estaba
en su yegua Celmira
que él tanto ama.
Espiaba en el bosque
los movimientos
de ingleses y holandeses,
cuando á su encuentro
vino un caudillo...
no recuerdo su nombre,
pero enemigo.
Tomándolo engañado
por de los suyos,

debió darle una órden;
mas él al punto,
con saña fiera,
lo tumba en su Celmira
y á escape vuela.
Á los gritos del jefe
se alarma el campo,
y á perseguirle corren
los aliados.
Fué vano intento:
salvar á su caudillo
no consiguieron.

CORO y MARTIN. Y lo trajo?
GUILL. Prisionero.
CORO. Vítor, vítor por Beltran!
En valor y en brazo fuerte
vence á todos sin rival.
MARTIN. Si á mí su valor me diera...
GUILL. (Llevándoselo aparte.)
Martin, tenemos que hablar.
MARTIN. Oh, qué gusto!
GUILL. Es cosa grave.
CORO. Pronto, pronto, el Mariscal!
(El Mariscal y su séquito atraviesan por el foro, de la derecha á la izquierda del actor.)
Viva la guerra, la patria viva
que da valientes como Beltran!
Al fuerte impulso de nuestras armas
los enemigos sucumbirán.

ESCENA II.

GUILLERMINA, MARTIN.

HABLADO.

GUILL. Martin, ¿os ha mandado Beltran preparar en secreto un coche de camino?

MARTIN. Para esta noche. ¿Es verdad que la señorita Blanca está ya dispuesta á firmar el contrato de matrimonio? Explicadme...

GUILL. Lo haré, si prometeis no ocultarme nada de cuanto disponga el Baron.

MARTIN. Lo juro. Le tengo unas ganas!...

GUILL. Si la señorita no firma hoy el contrato de boda con Beltran, tendrá que casarse mañana con el otro. Beltran me asegura que esa firma á nada le compromete, y que tiene preparado un carruaje para que esta misma noche nos lleve á las dos á Francia.

MARTIN. Y ella ha consentido?

GUILL. Aún duda; pero me he propuesto decidirla, y la decidiré. Beltran me juzga siempre una chiquilla, y quiero probarle que no lo soy ya.

MARTIN. Ay Guillermina, si os interesaseis por mí de esa suerte!...

GUILL. ¿Cuándo os devolverá el Baron ese papel con que os tiene esclavizado?

MARTIN. ¿Qué sé yo? ¡Si supiérais cómo abusa de mi situacion! —No hace muchos dias me hizo ir sigilosamente como á dos leguas de aquí, sólo para decir á un aldeano que allí esperaba: «los patos han cruzado el estanque.» —Aquí ha de haber gato encerrado. Si yo adivinara!...

GUILL. ¿Y para qué sirve el talento?

MARTIN. Eso digo yo.

GUILL. El Baron juega con vuestra vida. Tenedme al corriente de cuanto mande, y os ayudaré á salir de cualquier conflicto.

MARTIN. Gracias, Guillermina.

GUILL. (Á Martin, en voz baja y con rapidez.) El Baron.

ESCENA III.

DICHOS, CORVO y algunos OFICIALES por la izquierda; MAUREPAS por la derecha.

CORVO. (Hablando con los Oficiales.) El Mariscal de Sajonia no tar-

dará; aquí le espero. (Vánse los Oficiales por donde salieron.) Retiraos, Martin, pero no os alejeis. (Martin se va por la derecha. Guillermina le sigue, haciéndose la distraida.)

MAUR. (Al Baron.) Cualquiera diria que teneis algun designio particular, segun olvidais el mio de derribar á la Pompadour. Desde que vinimos al campamento habeis comprometido á nuestro héroe repetidas veces en los lances más arriesgados; pero, entre tanto, Blanca de Rosel no es todavía Marquesa de la Tour d'Avon.

CORVO. No me hableis de eso, señor Conde, porque estoy desesperado. ¿Conoceis la aventura de anoche? ¡Quién habia de creer que en vez de caer en manos del enemigo, esa maldito se trajese prisionero á uno de sus generales? El contrato está ya extendido y lo firmaremos á las seis.

MAUR. ¿Dentro de una hora? Será demasiado tarde.

CORVO. Cómo?

MAUR. Honorio me escribió anoche participándome que la Pompadour se hallaba el sábado en Choisy, aparentando ocuparse en preparar una fiesta para celebrar la futura victoria del Rey.

CORVO. Y bien?

MAUR. Acabo de recibir otra carta donde me dice que la Marquesa ha debido entrar hoy en Flandes. El Rey ha ido á establecer su cuartel general al molino de Lawfeld, y ella va á caer como un rayo esta tarde ó esta noche en el nuevo alojamiento de Su Majestad.

CORVO. ¿Y qué dice el Rey?

MAUR. Nada sabe. La Pompadour cuenta con la sorpresa. Su presencia y esta prueba de amor pueden devolverle su antiguo poder.

CORVO. (Viendo venir al Mariscal.) El Mariscal de Sajonia.

ESCENA IV.

DICHOS, el MARISCAL y su séquito.

MAR. (Á los Oficiales.) Os recomiendo ante todo la disciplina. (Los Oficiales se retiran hácia el fondo, donde permanecen pa-

seándose entre los soldados.) Ah! saludo al señor Conde de Maurepas.

MAUR. (Adelantándose á saludarle afectuosamente.) El señor Mariscal no ahorra fatiga ni peligro de ninguna especie.

MAR. Ahora no se trata de vivir sino de vencer. (Á Corvo.) Señor Mayor General, ¿teneis que comunicarme algo de parte del Rey?

CORVO. Su Majestad me ha dado esta mañana órdenes directas para hacer trasportar su cuartel general al molino de Lawfeld.

MAR. Tengo que hablaros. (Al Conde de Maurepas, que se retira á un lado.) Asunto reservado, señor Conde. (Bajando al proscenio con Corvo, á quien habla reservadamente.) Baron, sois un extranjero al servicio de Francia, como tantos otros, como yo mismo, que soy sajon, y habeis conocido en otro tiempo al Duque de Cumberland, general en jefe del ejército inglés. Esta circunstancia, y la de haber adivinado el enemigo recientemente algunas de nuestras operaciones, han dado márgen á que se desate contra vos la calumnia.

CORVO. (Procurando disimular su turbacion.) Señor Mariscal...

MAR. Escuchad hasta el fin. Nunca hubiera osado rogar al Rey que estableciese su campo en el molino de Lawfeld; pero habiéndolo hecho Su Majestad por sí mismo me aprovecho de ello. La situacion del molino es muy arriesgada; y el Duque de Cumberland no sería general tan excelente, si despreciara semejante cebo. Los primeros albores del dia permitirán el paso del barranco. Es menester que el Rey abandone al punto su nuevo cuartel general, que vuelva al anterior cautelosamente, y que el enemigo no sospeche que ha abandonado el molino. Dejad en las avanzadas algunos hombres seguros, pero los menos posibles, porque serán sacrificados. Su fuego me dará la señal de ataque. (Con intencion.) Hasta última hora sólo tendremos noticia de este movimiento, el Rey, vos y yo.

CORVO. Gracias, señor Mariscal! (Le hace una gran reverencia, y al

retirarse hácia el foro dice cautelosa y apresuradamente al Conde:) Si la Marquesa de Pompadour llega esta noche, ¿á dónde irá?

MAUR. Al molino de Lawfeld.

CORVO. Dejadla ir!

MAR. (Separándose de los Oficiales, á quienes se ha dirigido como para dictar una órden.) Señor Conde, dadme el brazo. (Toma el brazo de Maurepas y se va con él por la izquierda.)

ESCENA V.

CORVO, luégo MARTIN, despues GUILLERMINA.

CORVO. (Bajando al proscenio y hablando consigo mismo.) La partida es mia. Tengo en mi poder á mi insolente adversario. —Se habla siempre de las emociones del jugador, sin pensar que son mucho más vivas las del tramposo. Este aviso ha de valerme una gran recompensa. (Saca un librito de memorias, escribe en él apresuradamente, arranca la hoja, y dice llamando:) Martin!

MARTIN. (Entrando por la derecha.) ¿Me ha llamado el señor Baron?

CORVO. Dentro de dos horas os devolveré el papel que os acúsa, y sereis libre.

MARTIN. (Asustado.) ¿Y qué he de hacer en cambio?

CORVO. Llevar esta carta al aldeano del otro dia. Si en el camino álguien sospecha y os interroga, tragáosla. Partid inmediatamente (Váse por la izquierda.)

MARTIN. (Estupefacto.) ¿Y cómo, si las piernas se niegan al servicio?

GUILL. (Entrando precipitadamente por la derecha.) ¿Qué hay? ¿Qué os ha ofrecido el Baron? ¿Exige alguna cosa muy arriesgada? (Mirando hácia la izquierda.) Aquí vuelve.— Venid, venid; ya se encontrará medio de salvaros. (Coge de la mano á Martin, que estará temblando, y se lo lleva corriendo por la derecha.)

ESCENA VI.

El BARON, el MARISCAL, seguido de varios JEFES y OFICIALES, BELTRAN.

MAR. Seguramente sois un héroe. La hazaña de anoche lo

atestigua. ¿Cuál es vuestro regimiento?

BELT. Carabineros de la Tour d'Avon.

MAR. ¿Dónde está vuestro Coronel?

BELT. Soy yo, mi Mariscal.

MAR. Ah, sí, recuerdo esa historia: os han nombrado coronel, y quereis seguir sirviendo como soldado.

BELT. Así estoy en mi terreno.

MAR. De ese modo va á ser difícil recompensaros.

BELT. Es muy fácil.

MAR. Hablad.

BELT. Si Vuecencia lo permite, quisiera que nadie se enterase de mi deseo.

MAR. Con mucho gusto. (Se lo lleva aparte.) ¿Qué apeteceis?

BELT. Un salvoconducto para dos mujeres, que les permita salir esta noche de nuestras líneas, á pesar de cuantas órdenes se den en contra. En el campamento mandais tanto ó más que el Rey, y ese salvoconducto....

MAR. Lo recibireis dentro de un cuarto de hora. ¿No teneis más que pedir?

BELT. (En voz alta.) Una nueva ocasion de serviros.

MAR. Ya se encontrará.

CORVO. (Acercándose.) Señor Mariscal, ya se ha encontrado. Me ordenasteis que escogiera unos cuantos hombres de confianza: no conozco ninguno más seguro que éste.

MAR. No, este no.

BELT. Perdon, Mariscal; reclamo vuestra palabra.

CORVO. (Acercándose más aún al Mariscal, le dice en voz baja respetuosamente:) El señor Mariscal va á comprometer el secreto.

MAR. (Cediendo á pesar suyo.) Sea, pues, como ambos lo deseais.

BELT. (Con efusion.) Gracias, mi general.

MAR. (Mirándolo con cierta emocion nacida del interés que le inspira.) Dadme la mano, amigo mio. (Beltran se la ofrece lleno de gozo. El Mariscal la estrecha cordialmente.) Buena fortuna! —Venid, señores. (Váse con los de su séquito.)

ESCENA VII.

BELTRAN y CORVO.

BELT. Primo, ¿de qué se trata?

CORVO. De una expedicion secreta.

BELT. ¿Para hoy?

CORVO. No teneis tiempo sino para arreglaros, firmar el contrato matrimonial y poneros en camino.

BELT. ¿Solo?

CORVO. No, yo mando el destacamento.

BELT. ¿Y á dónde iremos?

CORVO. Al molino de Lawfeld.

BELT. ¿Al nuevo cuartel general del Rey?

CORVO. Al mismo. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

BELTRAN, luégo ÁNGEL.

BELT. (Siguiendo con la vista al Baron.) ¿Vas á exponerme á un nuevo peligro, esperando que no saldré vivo? Ah, me estremezco al pensar que, á no ser por mí, tal vez á estas horas habrian acabado ya con mi pobre Ángel!—(Viéndole entrar por la derecha.) ¿Qué miro!...

ANGEL. (Deteniéndose al oir á Beltran, con aparente sangre fria.) No me esperabais?—Aunque habeis hecho que me licencien, la Marquesa de Pompadour me ha ayudado, y aquí me teneis.

BELT. (Sorprendido.) ¿La Marquesa de Pompadour?

ANGEL. Hoy mismo llegará al campamento.

BELT. (Alarmado.) ¿Á qué habeis venido?

ANGEL. (Con enérgica decision.) Á impedir que se celebre vuestro matrimonio con Blanca.

BELT. (Contrariado.) La Marquesa no puede impedirlo; el Rey no la recibirá. Tú puedes ménos que ella.

ANGEL. (Con ira mal reprimida.) Yo puedo haceros volver en vos, ó procurar mataros.

BELT. (Dando un paso atrás, asombrado.) ¿Me amenazas? (En tono de tierna reconvencion.) Tú, Ángel?

ANGEL. ¿Qué idea habeis formado de mí? Abrigo un amor que es mi solo bien, mi única esperanza; y cuando vais á arrebatármelo, á desposaros con la mujer que adoro, á matarme, (Beltran se sonrie amargamente.) sí, á matarme... todavía quereis que esté tranquilo!

BELT. (Dominando su emocion, y con acento cariñoso.) Ángel, tienes razon; las apariencias me condenan. Sin embargo, ¿te has preguntado por qué causa podia yo aceptar esta horrible situacion? (Con dignidad, en tono de severa reconvencion.) La Marquesa de Pompadour y tú, que habeis prometido fiaros de mí, ¿qué es lo que suponeis? Responde, responde.

ANGEL. ¿Qué se ha de suponer? Habeis visto comprometida la causa de la Marquesa, y os ha deslumbrado el favor del Rey.

BELT. (Sin atreverse á dar crédito á lo que oye.) Es decir que me juzgais un miserable! (Reconviniéndole con profunda pena.) Ángel! Ángel!

ANGEL. (Sobreponiéndose al resentimiento, y dejándose llevar del cariño.) Pues bien, no, tú no eres capaz de semejantes cálculos. Yo te conozco, te quiero, y... Mira, ya no amenazo, ya suplico. Deseo no dudar, anhelo creer!... Dime, dime que no ha de efectuarse ese matrimonio.

BELT. (Resueltamente.) Es menester que se efectúe.

ANGEL. Sí; pero más adelante, en París...

BELT. No: aquí, hoy mismo, al instante.

ANGEL. ¿Á pesar tuyo? ¿Porque te obligan á ello?

BELT. Por mi propia voluntad.

ANGEL. (Hace un movimiento de indignacion, pero se recobra inmediatamente y prosigue aparentando serenidad.) Oh!—Pero me explicarás lo que te induce á obrar así.

BELT. No. Es necesario que tu confianza en mí sea ciega. Ponerte en camino de aclarar lo que no comprendes, sería perjudicarte. Concédeme crédito ocho dias tan sólo; y si entónces no puedo satisfacerte, me pondré á

tu disposicion... y nos batiremos si lo deseas!—Pero entre tanto, créeme, Ángel, créeme! Te lo ruego, te lo suplico... por nuestra infancia, por nuestro abandono, por cuanto hay de más sagrado para mí... (Muy conmovido.) por tu vida!

ANGEL. (Haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo.) Sea.—Pero á lo ménos... ya ves que me contento con poco: vas á darme tu palabra de honor de què si yo conociese e fin á que te diriges no me opondria.

BELT. Sí, te opondrías. Por eso no te quiero decir nada.

ANGEL. (Dejándose llevar de la indignacion.) ¿Os burlais de mí?—Sois un falso amigo, un malvado, un traidor!

BELT. Ángel!... ¡cuánto debes sufrir!

ANGEL. La Marquesa piensa lo mismo que yo. Ambos os menospreciamos.

BELT. Esto es ya demasiado.

ANGEL. Aún no es bastante. Yo os obligaré á tratarme como á enemigo. (Levanta la mano avalanzándose á Beltran; este le sujeta el brazo con gran fuerza, y casi postrándolo á sus piés le dice lleno de dolor.)

BELT. ¿Qué haces?—¿Olvidas que me salvaste una vez la vida?

ANGEL. Vuestros puños son más fuertes qué los mios; pero cuando os haya insultado públicamente...

BELT. Oh, eso no! ¿Es necesario que acepte la afrenta y el desafio? Pues bien, no hay más que hablar: nos batiremos.

ANGEL. Gracias á Dios!

BELT. Esta noche tengo que cumplir un deber de soldado. Nos batiremos mañana.

ANGEL. Tenga yo la certidumbe de vengarme ó de morir, que es todo cuanto deseo!—Hasta mañana. (Váse.)

ESCENA IX.

BELTRAN, GUILLERMINA, luégo un ORDENANZA.

BELT. Vengarte! Yo me vengaré tambien, haciéndome matar para que seas esposo de Blanca, y rico, y feliz. Pobre

Beltran! Has querido amar en esfera superior á tu clase, y la gran señora y el amigo te menosprecian, te insultan, desgarran tu corazon! ¿De qué me serviria permanecer en el mundo? Nadie me quiere; nadie necesita de mí; ni un pariente, ni un camarada, ni un amigo!... (Se deja caer muy abatido en el asiento que habrá al pié de un árbol, ocultando entre las manos el rostro y prorumpiendo en llanto. Al mismo tiempo se oye á lo léjos la voz de Guillermina, que canta la siguiente cancion, sólo acompañada del arpa, y que va acercándose gradualmente hasta concluirla entrando ya en la escena.)

MÚSICA.

GUILL. (Dentro.) No llores, no llores,
valiente guerrero,
por verte en el mundo
sin padres ni hogar.

BELT. (Levantando la cabeza y enjugando las lágrimas.)
Guillermina!

GUILL. (Dentro.) Los dulces halagos
de amor verdadero
aún pueden, aún pueden
tu llanto enjugar!
No todos olvidan
al buen caballero:
su amiga, su hermana
no le ha de olvidar.

HABLADO.

GUILL. Ah, Beltran, te buscaba.

BELT. Me buscabas?

GUILL. Sí, para decirte muchas cosas. En primer lugar, que he rogado con grande ahinco á la señorita Blanca que tenga confianza en tí, y al fin se ha decidido á firmar el contrato.

BELT. ¿Conque tú me crees, Guillermina?...

GUILL. ¿Pues no he de creerte?—No conozco tu idea, pero estoy segura de que si no te contrarían, todo acabará felizmente.

BELT. (Abrazándola con ternura.) Hermana mia! ¿Luego me profesas alguna amistad?

GUILL. (Bajando los ojos muy conmovida.) ¿Á qué preguntas eso, si me llamas hermana?

BELT. Ah! Yo tambien era ingrato!—Dices bien, hija mia; tú me salvas.

GUILL. (Sobresaltada.) Salvarte?

BELT. Sí. Estaba decidido á dejarme matar, sin decir siquiera Dios me ásista; pero no, no, no!

ORDEN. (Entra un ordenanza y dice á Beltran, entregándole un pliego:) De parte del señor Mariscal.

BELT. Gracias. (Váse el Ordenanza.) Aquí tengo ya un buen arma de defensa, Guillermina. ¿Sabes si está dispuesto el carruaje?

GUILL. Sí.

BELT. Toma el salvoconducto. Mostradlo á quien trate de poneros obstáculo en el camino. (Le da otro pliego sellado que saca del bolsillo.) Este pliego para la señorita Blanca: que no lo abra sino en el caso de que se prolongue mi ausencia.

GUILL. (Muy alarmada.) ¿Te amenaza algun peligro?

BELT. No, nada. Hace un momento estaba loco: el pobre Ángel me habia pegado su demencia! Tú me has curado, hermana mia. Venga un apreton de manos. (Guillermina llena de gozo le alarga la mano, que él estrecha con efusion.) Este es mi bálsamo de Fierabrás.

GUILL. (Mirando hácia la izquierda.) El Baron y la señorita Blanca.

ESCENA X.

BELTRAN, GUILLERMINA, CORVO, BLANCA, un NOTARIO: éste entra en la tienda practicable y pone el contrato sobre la mesa.

BELT. (Dirigiéndose al Baron resueltamente.) Primo, estoy pronto

á firmar y á partir.

GUILL. (Ap., cada vez más sobresaltada y recelosa.) Á partir?

CORVO. Tanto mejor. Tenemos contados los minutos. Al fin se ha decidido la señorita Blanca. (Ésta, que ha entrado desde luégo en la tienda con el Notario, firma el contrato y entrega la pluma á Beltran.)

BELT. (Tomando la pluma de manos de Blanca.) Gracias. Teneis un corazon de soldado! (Acercándose más á Blanca le dice aparte.) Esa firma os hace ante los hombres Marquesa de la Tour d'Avon; pero ante Dios no os hace mi esposa.— Ahora firmo yo. (Lo hace: suena una trompeta.)

CORVO. (Recogiendo el contrato.) Al fin!

BELT. Nos llaman.

CORVO. Ya no se espera más que á vos.

BELT. Y á vos, primo.

CORVO. Voy á montar á caballo. (Váse, llevándose el contrato.)

BELT. Hasta la vista, señora Marquesa.

GUILL. (Deteniendo á Beltran llena de zozobra.) ¿Vas al molino de Lawfeld?

BELT. Cállate!

GUILL. Martin me ha dicho... ¿Sabes lo que allí te espera?

BELT. Me lo figuro.

GUILL. Ah, señorita, corre á morir!

BLANCA. Á morir?

BELT. No la creais: la muerte sólo se ceba en los dichosos! (Vánse por distintos lados.)

MUTACION.

Interior del molino de Lawfeld medio en ruinas. Á la derecha, en primer término, un portillo abierto en el muro. Á la izquierda una puerta, y junto al proscenio, en el mismo lado, dos ruedas de moler una sobre otra. Puerta al fondo hácia la izquierda, y hácia la derecha, tambien en el foro y cerca ya de los bastidores, un gran boquete que deja ver el cielo cubierto de nubes, por entre las cuales aparece algunas veces la luna. Cuando se muestre rielarán sus rayos en las aguas de una laguna que se divisa á lo léjos.

ESCENA XI.

La MARQUESA y HONORIO.

Al efectuarse la mutacion comienza la orquesta un preludio con reminiscencias del duo del primer acto entre Beltran y la Pompadour, ménos brillante que apasionado y sentido, y durante el cual la escena permanecerá sola. Al terminar el preludio entra Honorio por la izquierda en traje de camino, con un farol de silla de posta en la mano; la Marquesa le sigue muy agitada. Honorio coloca el farol en una hendidura de la pared.

MARQ. Nadie! Tampoco hay nadie aquí. En todas partes soledad, silencio, oscuridad!—¿Estais seguro de que es este el molino de Lawfeld?

HONORIO. La señora Marquesa ha pedido por sí misma informes á las gentes del país, y todas sus indicaciones han estado de acuerdo.

MARQ. Pero tambien aseguraban que esta mañana habia establecido el Rey su campo en el molino de Lawfeld.

HONORIO. Puede ser que Su Majestad haya cambiado esta noche de idea.

MARQ. En lo que me está sucediendo hay más que mala fortuna.—La falta de caballos en la última parada; los postillones que han equivocado el camino; el retardo de cuatro ó cinco horas, que nos hace llegar tan tarde; y sobre todo, esta repentina marcha del Rey...

HONORIO. De nada de eso tienen culpa los criados de la señora Marquesa.

MARQ. Pero cuando encontramos un carruaje que parecia esperarme al paso, y desde el cual dos mujeres llamaban á gritos haciendo señas alarmantes, ¿cómo no habeis querído verlas ni oirlas? ¿Por qué, á pesar de mis órdenes, no hicísteis parar la silla de posta?

HONORIO. Nuestros caballos acababan de lanzarse al galope, y con el ruido no comprendí bien á la señora Marquesa.

MARQ. Sospecho que mis acciones no me pertenecen, que estoy á merced de mis enemigos!—No quiero permanecer más aquí.

HONORIO. ¿Y á dónde irá la señora Marquesa? Son las tres de la madrugada; los caballos están rendidos y los caminos impracticables... Ademas, la señora podria tropezar con alguna avanzada inglesa.

MARQ. He venido á buscar al Rey: quiero á toda costa reunirme á él!

HONORIO. ¿Y quién sabe dónde se encuentra ahora Su Majestad?

MARQ. Señor Honorio, excusad observaciones y limitaos á obedecer. He visto en el camino centinelas á caballo: id á informaros... ó mas bien, enviadme aquí el jefe del destacamento; le hablaré yo misma. (Váse Honorio por la izquierda.)

ESCENA XII.

La MARQUESA, luégo BELTRAN.

MARQ. Empiezo á creer que este Honorio es hechura de Maurepas. ¡Qué lucha, Dios mio!—Cuando pienso que anteayer mismo asistí al concierto de Versalles, lisonjeada, festejada, rodeada por todas partes de luz y de flores... y que ahora estoy aquí, sola en medio de la noche, quizás víctima de una emboscada, procurando adivinar qué ultraje ó qué desventura me amenaza!...

BELT. (Entrando por la puerta de la izquierda armado de su carabina.) ¿Quién me llama?

MARQ. (Dando un grito al verle.) Ah! Bien decia yo que estaba en poder de Maurepas y de la traicion!

BELT. (Dejando á un lado la carabina.) Traicion! ¿Esa es vuestra primera palabra? Teneis razon, señora; aquí hay evidentemente una traicion.

MARQ. ¿Convenís en ello?

BELT. Sí; pero estoy tranquilo. Siquiera ante vos he de justificarme, cuando me veais muerto por los ingleses, ó acusado y detenido por los franceses como cómplice vuestro.

MARQ. (Entre indignada y despreciativa.) Vos! vos!

BELT. Ah, Baron de Corvo! Mientras me atacábais á mí sólo,

todo iba bien: hombre contra hombre, no era difícil la defensa. Pero arrojais en nuestro combate una mujer; quereis herirme en lo que hay de más delicado y secreto en el corazon, y eso es una infamia!

MARQ. Ya seais mi amigo, ya un traidor, tengo derecho á saber lo que me espera.

BELT. Señora, ¿veníais á reuniros con Su Majestad, sin habérselo advertido?

MARQ. Así es.

BELT. El Rey ha partido de aquí súbitamente hace pocas horas. Al veros en el molino, á pesar de ello, me figuro: ó que los ingleses van á apoderarse de esta colina y á cogernos prisioneros, ó que vuestros enemigos han de venir á sorprendernos juntos y solos.

MARQ. Estoy perdida!

BELT. Han combinado el lazo con diabólico artificio.

MARQ. Necesito salir de aquí arrostrándolo todo.—Voy á tomar mi carruaje. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

BELT. Vuestro carruaje? El criado que os acompañaba le dió órden de partir.

MARQ. Luego estaba todo previsto!

BELT. Me ocurre una idea: tengo conmigo unos cuantos hombres; voy á llamarlos, y juntos os guardaremos. (Va á salir por la puerta izquierda y se detiene prestando atencion. ¿No escuchais? Rumor de galope... Se repliegan hácia el campo...—¡Abandonado! ¡Vendido!—Decíais bien: todo se ha previsto, y cada movimiento que hagamos para salvarnos nos puede perder.

MARQ. ¿Qué importa? Salgamos de aquí.

BELT. He tenido tiempo de observar los alrededores. Ese portillo (El de la derecha.) da á un barranco, y los enemigos ocupan la opuesta cima.

MARQ. Esa habitacion por donde hemos entrado...

BELT. Da al camino de Francia.

MARQ. ¿Y esa puerta? (La del fondo.)

BELT. Al del campamento francés.

MARQ. Salgamos por ella.

BELT. Dejadme ántes ir solo.

MARQ. ¿Por qué?

BELT. Estoy convencido de que nos espian. Tal vez á pocos pasos de aquí hayan apostado gentes para detenernos. Si estuvieseis conmigo, tal vez no podria defenderme.

MARQ. (Sobrecogida.) Oh, no salgais! No salgamos!

BELT. ¿Temeis que os comprometa más aún muerto que vivo?

MARQ. No, no... pero no quiero que murais.

BELT. (Con trasporte de júbilo.) ¿De veras pensais en eso? ¡Cuánto bien me haceis!—El peligro tiene tambien su lado bueno.—Sabed en estos supremos instantes que vuestros enemigos son los mios; que si he aparentado decidirme á contraer matrimonio con Blanca, ha sido para serviros... ¿Me creereis ahora? ¿Me creereis?

MARQ. Os creo.

BELT. Gracias, peligro!

MARQ. (Abatida.) No hableis así. Este peligro desconocido, traidor, cobarde, que por todas partes nos rodea, me llena de confusion y de espanto.

BELT. Bah! ¿Quién sabe? Si despues de todo, en vez de luchar con la iniquidad de Corvo, solo tuviera que habérmelas con un destacamento de ingleses!...

MARQ. ¿Dejarian por eso de encontrarme sola con vos?—En mi difícil situacion, no solamente habia impuesto silencio á la envidia y la calumnia, sino sofocado, por temor de ella, los latidos de mi corazon. ¡Y tantos sacrificios darian por fruto que en las murmuraciones de la córte se dijesen unos á otros con maliciosa sonrisa: «Ya sabemos lo que valia el orgullo de la soberbia Marquesa de Pompadour; la han encontrado de noche, sola con un soldado!»

BELT. (Con amarga sonrisa.) Oh! Teneis razon, señora; eso seria más que deshonroso, seria ridículo.

MARQ. No os ofendais: no lo digo por vos.

BELT. No me ofendo. Mi corazon—porque tambien yo tengo corazon—sabe que jamás se le habría escapado seme-

jante frase á este grosero soldado.—Tranquilizaos, señora Marquesa, ninguno ha de reirse de lo que pase aquí esta noche. Á lo sumo podrán decir: «la Marquesa de Pompadour, yendo á reunirse con el Rey, cayó en una emboscada, y un soldado de Su Magestad se dejó hacer trizas por defenderla!» Esto no ha de hacer reir á nadie. (Se dirige á la puerta del fondo.)

MÚSICA.

MARQ. (Corriendo y adelantándose á cerrarle el paso.)
Detenéos, detenéos,
no salgais, Beltran, de aquí!
BELT. Imposible!
MARQ. Os lo suplico.
¿Me quereis más infeliz?
Olvidad esa palabra.
Yo jamás quise decir...
BELT. Lo habeis dicho.—Adios, Marquesa.
MARQ. Oh, tened piedad de mí!
¿Cómo herir pudiera el alma
de mi noble paladin?
BELT. Sin embargo...
MARQ. Ya no ruego,
ya os prohibo...
BELT. ¿Qué?
MARQ. Salir.—
Vos me dais ese derecho:
si á la muerte vais así,
es...
BELT. Hablad...
MARQ. Porque me amais.
BELT. Ah, señora, ¿qué decís?

—

En las eternas noches
de faccion militar, mi fantasía
en las estrellas, en la luna hermosa

veros creía.
¡Eran sueños tan solo
de un pecho fiel para el amor nacido!
Grande como este amor es mi locura:
perdon os pido.

—

MARQ. ¿Qué habré de perdonaros?
¿Haber hecho latir, vos el primero,
mi pecho triste á la expresion ardiente
de amor sincero?
Una vez en mi vida
puro amor varonil he conocido.
Sin rebozo, Beltran, os lo declaro:
el vuestro ha sido.

—

BELT. Oh, Marquesa!
MARQ. (Acercándose á la puerta izquierda.)
Escuchad... Percibir creo
que llega un carruaje.
BELT. (Asomándose con precaucion al portillo de la derecha.)
Hácia este lado
de armas siento rumor, y nada veo.
¿Serán los enemigos
que cautelosamente se deslizan
del otro lado del barranco?
MARQ. Cielos!
BELT. Partid, partid, señora.
Libre el camino está. Yo debo ahora
dar la señal que el Mariscal espera.
MARQ. ¿Dejaros yo?
BELT. Partid.
MARQ. Oh suerte fiera!
BELT. De salvaros, de salvarme,
no hay quizás medio mejor.
Ya la muerte me conoce.
Partid pronto: adios, adios!
MARQ. La palabra que os ha herido,

y aún me llena de dolor,
permitid que ahora repita:
mi soldado, adios, adios!
(Váse por la puerta de la izquierda.)

HABLADO.

BELT. (Tomando su carabina.) Adelante! Ya que no me han visto los ingleses, justo será que yo los salude primero. (Dispara su carabina por el boquete del foro. En seguida se oyen á lo léjos otros disparos.) Bueno! Ya está dada la señal. (Tocan dentro clarines, como si estuvieran á gran distancia.) Ah, los clarines franceses!... ¿Se habrá empeñado la batalla? Corramos á participar del triunfo ó de la muerte. (Va á salir por la puerta del fondo.)

ESCENA XIII.

BELTRAN, CORVO, MAUREPAS, OFICIALES y SOLDADOS por el foro: luego GUILLERMINA, la MARQUESA y BLANCA por la izquierda.

BELT. (Retrocediendo sorprendido.) Qué veo!

CORVO. (Despues de recorrer la escena rápidamente con la vista.) Aquí se hallaba una mujer. Sólo ha podido escapar por esa puerta. (Se dirige apresurado á la de la izquierda.)

BELT. (Cerrándole el paso.) Atrás!

CORVO. Tengo órden del Rey...

BELT. Atrás digo! No pasareis por aquí mientras yo exista.

GUILL. (Presentándose en la puerta izquierda.) Beltran.

BELT. (Con asombro.) Guillermina!

CORVO. MAUR. } (Estupefactos.) ¿Qué es esto?

GUILL. (Á Beltran.) La reputacion de una pobre muchacha no vale la pena de que deis por ella la vida.

BELT. (Estrechándole la mano muy conmovido.) Guillermina, eres un ángel!

CORVO. (Lleno de ira.) Necesitamos saber cómo se encuentra esta jóven en el molino de Lawfeld.

BELT. Pues no estoy de humor de decirlo.

MAUR. Esa respuesta...

CORVO. El Marqués de la Tour d'Avon olvida que si él es jefe de mi familia, yo soy aquí jefe del soldado Beltran.

BELT. Vos no sois más que un miserable!

CORVO. (Sacando la espada.) Me dareis satisfaccion.

BELT. (Desnudando la suya.) Ahora mismo. (Riñen.)

GUILL. Venid, socorro, venid!

CORVO. Ah! (Dejando caer la espada.)

MAUR. (Acercándose á él y examinando su mano derecha.) Herido!

CORVO. (Ciego de furor.) Aún me queda otra mano.

BELT. Con ella no podreis defenderos, y yo no soy un asesino.

MARQ. / BLANCA. (Entrando por la puerta izquierda.) ¿Qué ocurre?

MAUR. (Sumamente sorprendido.) La Marquesa de Pompadour!

CORVO. Blanca en este sitio!

BLANCA. ¿Os sorprende verme aquí con la Marquesa?—Al partir del campamento supe que le preparabais una emboscada; y como no logramos detener en el camino su silla de posta, he vuelto en su busca para prevenirla y salvarla.

CORVO. (Furioso.) Infame calumnia!—Soldados, prended al Marqués de la Tour d'Avon.

BELT. ¿Prenderme? (Disponiéndose á impedirlo.)

MAUR. ¿Aquí el Mariscal? (Viéndolo llegar por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el MARISCAL y su SÉQUITO, entre el cual se ocultan ÁNGEL y MARTIN.

MAR. (Entra gozoso hablando con sus Oficiales.) Gracias al movimiento efectuado esta noche, el enemigo huye acosado por todas partes. Mis previsiones se han cumplido. (Á la Marquesa, muy sorprendido de encontrarla en el molino.) Vos aquí? (Se acerca á saludarla expresivamente.)

CORVO. Señor Mariscal, un soldado acaba de insultar y herir á su jefe.

MAR. ¿Quién ha osado cometer semejante crímen al frente del enemigo?

BELT. (Dando un paso adelante con decision, pero sin jactancia.) Yo. Mas no ha sido el soldado quien ha herido al Mayor general, sino el hombre expuesto cada instante á morir por las asechanzas del que le creia su primo y ansiaba hacerlo matar para heredarlo. (Al oir esto Ángel se deja ver entre los Oficiales y se va acercando á Beltran.)

MARQ. ¿Qué oigo?

BLANCA. Ángel! (Prorumpe en esta exclamacion al verlo.)

GUILL. (Ap. muy afligida.) Se va á perder!

CORVO. (Al Mariscal.) Permitidme exigir al Marqués de la Tour d'Avon...

BELT. Yo no soy el Marqués de lá Tour d'Avon.

MAUR. MARQ. BLANCA. ANGEL. ¿Cómo?

CORVO. En presencia del Señor Conde de Maurepas, que os está escuchando, mostrásteis la prueba de que os pertenecen ese título y ese nombre. Ademas, habeis firmado un contrato de matrimonio como tal Marqués, y...

BELT. Ese contrato es nulo. El Marqués es mi amigo Ángel, á quien pertenece el rosario.

ANGEL. (Corre á echarse á los piés de Beltran; este lo impide y lo estrecha en sus brazos cariñosamente.) Hermano mio, perdon!

CORVO. Reclamo el castigo del soldado Beltran. La ley le condena á morir.

MARQ. ¿Qué oigo!

BLANCA y ANGEL. Á morir!

GUILL. (Dando un grito de dolor se dirige á la Marquesa llena de ansiedad.) Ah, señora, interceded por él!—Señor Mariscal, (Queriendo echarse á sus piés.) salvadlo! Tomad mi vida por la suya!

BELT. (Ap. muy conmovido.) Pobre Guillermina, cuánto me quiere!

CORVO. (Insistiendo en la acusacion.) El soldado que ha herido á su jefe...

MAR. ¿Y si vos no fuerais su jefe?

CORVO. (Como herido de un rayo.) ¿Qué decís?

MAR. Oid este billete dirigido al general del ejército enemigo. «Aviso sobre nuestra partida de ajedrez: se os es»capa el Rey, pero podeis comeros la Dama; la torre no »será defendida.» (Mostrando el billete á Corvo, lleno de indignacion.) ¿Conoceis la letra?

CORVO. (Aterrado) ¿Y quién es el miserable...

MARTIN. (Presentándose repentinamente en primer término.) Yo, señor Baron! Ya no os temo. Gracias á Guillermina busqué al señorito Ángel, y ambos pusimos el papel que me disteis en manos del señor Mariscal. El Rey me lo perdona todo. Viva el Rey!

TODOS. Viva!

BELT. Guillermina! (Estrechando su mano en la mayor agitacion.)

MARQ. (Á Beltran.) Ella vale más que yo!

BELT. (Á Blanca.) Marquesa de la Tour d'Avon, Ángel firmará de nuevo el contrato.

MAR. Llevaos preso al Baron de Corvo. (Se lo llevan por el fondo.) Soldado Beltran, el Rey os nombra Aposentador mayor del ejército.

BELT. Procuraré hacerme digno de tal honra, para pedir al Marqués de la Tour d'Avon la mano de nuestra hermana Guillermina.

MÚSICA.

CORO. Viva la guerra, la patria viva
que da valientes como Beltran!

TODOS. Grande por siempre, cual su justicia,
será la gloria del Mariscal!

FIN.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(*Adicion al mismo catálogo.*)

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
o se guisa un conejo....	1	Todo.
a canta.....	1	Id.
mochuelo á su olivo...	1	Id.
oche todos los gatos son rdos.....	1	Id.
e Pinto y Valdemoro...	1	Id.
n el siglo.....	1	Id.
nar!.....	1	Id.
anónimos.....	1	Id.
ruz de beneficencia.....	1	Id.
at Mater.....	1	Id.
orita, el general.....	1	Id.
secreto entre mujeres....	1	Id.
nfo de la esperanza,,...	2	Id.
ónceller y el monarca...	3	Id.
Beltraneja.....	3	Mitad.
ro el sordo.....	3	Todo.
Pacífico ó el Dómine irre-luto. (Zarzuela.).....	1	L. y M.
ire de una mujer.....	1	Id. Id.
nombre es débil.....	1	Id. Id.
de Aragon.....	1	L. y M.
Correspondencia de Espa-a.....	1	Id. Id.
ar el violon.....	1	Música.
ensayo de Pepe Hillo....	1	Id.
Teatro en 1876!!.....	2	Id.
vesuras amorosas.....	2	L. y M.
la. (Zarzuela.).....	1	Música.
no llovido del cielo.....	3	L. y M.
perla. (Zarzuela.).....	3	Id. Id.
internacional.....	1	Todo,
1-1872, revista.....	1	Id.
sota de espadas.....	3	L. y M.
Desde el tendido.....	1	Todo.
Necesito un hombre.....	1	Id.
Un yerno á pedir de boca...	1	Id.
Favor por favor.....	1	Id.
Un manojo de espárragos....	1	Id.
Nobleza obliga.....	3	Id.
El doctor virulento.....	1	Música
La pena de argolla.....	1	Todo.
Por buscar el remedio.....	1	Id.
El insurrecto cubano.....	3	Id.
La caridad en la guerra.....	1	Id.
Economías.....	1	Id.
La princesa de Trevisonda...		
Francia y España.....	1	L. y M.
Permítame V., señora.....	1	Todo.
La encubierta ó la gitana de Sevilla.....	1	Id. L. y M.
República femenina.....	1	Todo.
Casa vieja pronto arde.....	1	Id.
Los celos de un prestamista.	1	Id.
Ardides y calamares.....	1	Id.
Doña Maria Pacheco.....	1	Id.
La rosa de aldea.....	1	Id.
La costilla falsa.....	1	Id.
La vela de San Ramon.....	1	Id.
La fuerza de voluntad.....	1	Música
Norma y Polion.....	1	L. y M.
El castiello del fantasma...	2	Música
Beltran y la Pompadour....	3	L. y M.
Tirios y troyanos.....	1	Todo.
Parte diario.....	1	Id.
Las catacumbas infernales..	1	Id.

PUNTOS DE VENTA.

PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores GULLON É LGO, y en las principales librerías.

MADRID. En las librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA AZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo, y de L. z, calle del Cármen.

3 0112 117457868

Precio: 8 *reales.*